

PYRENAICA

N.º 3 FEDERACIÓN VASCO-NAVARRA DE MONTAÑISMO 1966

PYRENAICA

FEDERACIÓN VASCO-NAVARRA DE MONTAÑISMO

III EPOCA AÑO XVI
JULIO - AGOSTO - SEPTIEMBRE
AÑO 1966 NÚM. 3

★

PUBLICACIÓN TRIMESTRAL
DE LA
FEDERACIÓN VASCO-NAVARRA
DE
MONTAÑISMO

REDACCIÓN - ADMINISTRACIÓN
AVDA. GENERALÍSIMO, 1
TOLOSA
DIRECTOR: JOSÉ URÍA IRASTORZA

★

IMPRESO EN PAPEL COUCHÉ
MERCEDES A LA COLABORACIÓN
DE
PAPELERA ARROSI, S. A.
TOLOSA

TALLERES TIPOGRÁFICOS
FRANCISCO EZQUIAGA
AVDA. DE NAVARRA, 15
BEASAIN
1966

SUMARIO

Editorial.

El refugio. - Estalpia.

Cilindro de Marboré, Cara N.E.

**Record del Mundo. - En las
entrañas del Pirineo.**

En los Mallos de Riglos.

**La mina de Arditurri en Oyar-
zun.**

El pastor.

Angustia.

**Sobre las huellas del primero
de cuerda.**

Jungfrau (Alpes Berneses).

Recuerdo de Torre Cerredo.

**Las riquezas artísticas de La-
guardia.**

El Torcal de Antequera.

Gayarre eta Mendia.

**De Betsaide... para los que
no llegaron.**

A Juan José Ormaechea.

Antonio Trueba.

Noticiario.

La razón del montañismo.

F. Larrañaga

F. Lusarreta

J. M. Feliu

D. Bidaurreta

I. López-Mendizabal

E. Mauleón

M. Feliu

B. Frison-Roche

R. del Pilar Zufia

P. Bilbao Aristegui

N. de Goicoechea

J. de Pagoeta

M. Labayen

E. Gago

R. Las Hayas

Martillete

EDITORIAL

Uno de los acuerdos tomados en la última Asamblea de Presidentes de Sociedades de Montaña, celebrada en San Sebastián el pasado 16 de octubre, fue la de trasladar a Navarra la celebración de la siguiente Asamblea correspondiente al año 1967.

La intención de dicho acuerdo, es que las Asambleas de Presidentes vayan celebrándose —en adelante— indistintamente en las cuatro provincias, y en forma rotativa, al igual que se hace con los Campamentos Regionales.

En principio ha sido Navarra la que ha acogido generosamente la organización de la próxima Asamblea a celebrarse en la sugestiva villa de Estella, y es fácil suponer que en tanto se animen vizcaínos y alaveses a llevar la Asamblea a sus respectivas provincias, seguirán los navarros organizándola, pues de sobra conocemos sus dotes y capacidad para esta clase de organizaciones.

Nos congratula sobremanera este acuerdo del Pleno de Presidentes de todas nuestras Sociedades Montañeras, ya que Navarra es una de las cuatro provincias que más auge está dando al montañismo vasconavarro.

En la última campaña llevada a cabo por PYRENAICA para aumento de suscriptores de la Revista, los navarros han dado el porcentaje más alto de las cuatro provincias vascas, y ello —no cabe duda— es un indicio más del alto nivel cultural que van adquiriendo en estos últimos años.



NUESTRA PORTADA

EL REFUGIO

La ascensión ha sido dura. La nieve que a primeras horas de la mañana nos ha ofrecido un piso firme, excelente para la marcha, ha ido cediendo más y más a medida que subía este sol primaveral y el hundir de nuestras pisadas nos ha obligado a un superior esfuerzo. No obstante, nos sentimos muy satisfechos, pues hemos alcanzado las cimas que nos habíamos propuesto atravesar.

Sabemos que en el descenso aumentarán las dificultades y que el estado licuante de la nieve, además de obstaculizarnos el avance, empapará nuestras ropas. Más esto hoy no es para nosotros motivo de preocupación.

Porque hemos localizado ya, a vista de pájaro, allá en el fondo del valle y a la orilla de un bosque que se extiende tras él, la pizarreña cubierta del refugio que nos acogerá esta noche y a donde esperamos arribar para el oscurecer.

Da gloria pensar que dentro de unas pocas horas nos encontraremos rodeando su chimenea cargada de leña que en su chisporrotear hará humear nuestras húmedas prendas.

Y es seguro que con nosotros estarán otros amigos que allí hallaremos y con quienes compartiremos nuestras cenas y nuestros sacos de dormir. No sabemos quiénes podrán ser ni de dónde habrán venido; no esperamos toparnos con ningún conocido.

Pero desde el momento que han llegado hasta ese refugio, los consideramos ya amigos nuestros.

ESTALPIA

Gogorra izan degu gaurko ibillaldia. Goiz aldean oso ederki zegoan elurra oingiro ederra emanik, baña udaberriko eguzki onek geroago ta gorago jarriaz arin bigundu du, gure oinkadak nekatsuagoak egiñaz.

Ala ere, gure asmoan zeuden mendi gallurretara eldurik, pozik arkitzen gera.

Jakiñekoa degu beruntz asten geranean lanak emango dizkigula urtzen ari dan elur onek, eta gañera gure soñekoak busti busti eginda utziko dituala. Baña ez da au oraingo ardura.

Ikusi degu goitik, arrano begiekin bezela, or beeko baso aundi baten ertzean, gaur gabeen gure lo tokia izango dan estalpearen arbelezko estalki dirdiraduna. Illunabarrerako bertan izango gera.

Ordu gutxi barru sutondoaren biran, gure jantziak lurrunez legortzen ari diran artean, egur suaren txinparten goxotasunean arkituko gerala gogoratzean, ezti biurtzen zaigu gogoa.

Ziur gaude beste lagunuen batzuk ere or izango dirala eta berekin erdibanatuko ditugula gure aparti eta burusiak. Ez dakigu nortzuk izan litekezen eta nundik etorriak izango diran ere; ez degu uste ezagunik arkitzerik.

Baña or beeko estalperaño etorriak ba dira, ez dago esan bearrik gure lagunak dirala.

(Fot. de «Pakol»)

CILINDRO DE MARBORÉ

CARA N. E.

POR FRANCISCO LUSARRETA

«LUCHAR Y COMPRENDER PUES LO UNO
SIN LO OTRO, ASI ES LA LEY.»

Gastón Rebuffat

La cara N.E. del Cilindro Marboré forma con sus compañeros Monte Perdido y Soum de Ramón el conjunto de los Tres Sorores, elevando sus cotas a más de tres mil metros de altitud, forman la barrera natural que separan el valle de Arazas o Parque Nacional de Ordesa con el valle de Pineta.

El collado del Cilindro, entre este y el Monte Perdido, es el punto de acceso más fácil entre los dos valles y sobre dicho paso alza sus doscientos metros de vertical pared la cara N.E. como gigantesco centinela que protege al paso de los temporales del N.O. Desde este lugar da tal sensación de inaccesibilidad que parece mentira que el hombre pueda trepar y ascender por su erguida roca.

Pero una vez dentro de ella, terrazas y pequeñas plataformas dan el necesario reposo para poder proseguir la escalada con renovadas fuerzas.

El nuevo refugio de Góriz, ahora llamado de Delgado Ubeda, en memoria del que fue nuestro presidente y que tanto elaboró por la grandeza del montañismo español, está enclavado en la vertiente sur de esta barrera natural de los Tres Sorores, y es el punto de partida idóneo para realizar esta escalada, la separan escasamente dos horas, por un camino de fuerte pendiente, al collado y unos minutos más hasta la base de la muralla.

Esta ascensión la lograron por primera vez los montañeros aragoneses Montaner y Bescós tras muchas horas de duro esfuerzo y lucha con la roca, viéndose al final sobradamente compensado al conseguir la cumbre por una pared hasta aquella fecha virgen y que erróneamente se le atribuía a Gabin.

El pasado verano y junto con un nuevo compañero de ascensiones, realicé un intento que quedó frustrado por culpa de la inclemencia del tiempo.

Por la festividad de San Pedro, y con motivo de los Cursos de Escalada de la E. N. A. M., nos trasladamos al refugio de Góriz. En sus inmediaciones llevamos a cabo ascensiones y escaladas con los cursillistas. Tuvieron la oportunidad de conocer las bellezas naturales de nuestros Pirineos, la salvaje armo-

nia del cañón de Añisclo, una estrecha y profunda herida hecha a la montaña, la suave quietud de los abetos de Ordesa, la virilidad de las altas paredes del circo de Garvanie, y también la fría penumbra de la Gruta de Casteret, cerca del imponente tajo de la brecha de Roldán, paso natural entre dos naciones.

El espolón de la brecha del Casco (V grado) y la arista N.O. del Cilindro (IV grado), dos cortas y agradables ascensiones, que dejan un grato sabor, son recorridas por los cursillistas en compañía de sus monitores y guías, sinceros compañeros con verdaderos deseos de enseñar lo que saben, y esto a fin de cuentas es lo que verdaderamente vale.

Llevo muchos años recorriendo las montañas y tengo comprobado hasta la saciedad que allí precisamente, en la montaña, es más sincera y duradera, y un tesoro de infinito valor.

Los cursillos terminan y los cursillistas se van, seguramente con nostalgia de estos días por los ratos disfrutados en la montaña, dejando un triste vacío en el Refugio.

Junto con mi compañero Paco Sorrondegui nos quedamos unos días más para intentar ascender la cara N.E. del Cilindro. Descansamos y preparamos todo lo necesario para el siguiente día, el gran día, para mi siempre tienen un carácter especial ese día en el que voy acometer una importante ascensión, y la cara N.E. es importante, pero fatalidad, ese día amanece amenazador, son las cinco de la mañana y truena y llueve.

Nuestro tesón, rayando en la tozudez, se impone y a pesar de las dificultades climatológicas, partimos hacia el Collado del Cilindro. Ascendemos lentamente con la esperanza de que al salir el sol, con su calor y fuerza, disipe estas amenazadoras nubes que quieren destrozarnos nuestras ilusiones.

La primera caricia del astro rey la recibe la pared, con una luz amarillenta y fría, que pronostica un día nada agradable.

Al alcanzar el collado el tiempo ha mejorado notablemente, y decidimos probar suerte. Nos acercamos a la muralla y con la vista recorremos el itinerario a seguir, verdaderamente la pared es magnífica y su belleza pétrea me entusiasma; trepamos por un pequeño helero y tomamos contacto con la pared, buscamos el punto de arranque de la vía, aunque tenemos un estupendo croquis ya nos han advertido que el comienzo es difícil de encontrar. Por fin encontramos uno que nos parece idóneo y comenzamos a trepar.

En el primer largó de cuerda me doy cuenta de mi error, una alargada terraza nos hubiera llevado a donde nos encontramos en estos momentos, evitando así estos cuarenta metros de trepada.

Por fin, ya en el verdadero camino, seguimos una especie de diedro-chimenea, con una oquedad, que nos da paso a una primera Terraza, al pie de un corto diedro desplomado (V), hacemos la primera reunión.

Continuando por este diedro, desembocamos a los pocos metros (6) en otra terraza ancha y alargada, aunque se puede continuar creemos necesario y conveniente hacer otra reunión.

De aquí, primero flanqueando hacia la izquierda y luego por una estrechísima cornisa hacia la derecha, conseguimos una fácil y tumbada chimenea, que nos permite alcanzar otra gran terraza.

Esto último estimamos que es una innovación nuestra en la vía, pues nos pareció más fácil que proseguir directamente.



Cilindro de Marboré.

(Foto Francisco Bui)

Esta gran terraza protegida por tres grandes bloques proporciona un refugio bastante aceptable en caso de mal tiempo.

Lejos estábamos de pensar que poco tiempo después nos iba a ser de gran utilidad.

En pocos minutos, en una avalancha impetuosa, un mar de nubes se introduce por el collado y lo envuelve todo, oscureciéndose de forma alarmante. Precipitadamente nos protegemos tras un gran bloque y nos tapamos con nuestra pobre «tela de vivac» (tela de plástico), pero que nos resguarda de la torrencial lluvia que comienza a caer.

Rayos, truenos, los elementos enfurecidos, derrochan su fuerza sobre nosotros. Nuestras esperanzas se esfuman y nos tenemos que rendir ante la evidencia, hay que descender.

Después de más de dos horas de aguantar los elementos, en una corta tregua, iniciamos la retirada, con nuestros corazones llenos del dolor de la derrota, de la desilusión. En silencio preparamos los papeles y poco a poco, con precaución, vamos acercándonos a tierra firme.

Ya en la base y al borde del glaciar Norte del Monte Perdido, tenemos que soportar de nuevo otro de los elementos atmosféricos bajo nuestra frágil tela de plástico. Cansados de esperar y dispuestos a mojarnos iniciamos el descenso al refugio,

Soy un poco obstinado y prometí volver, y así, en agosto del mismo año vuelvo a encaminar mis pasos al mismo lugar, con la sana intención de terminar la ascensión, esta vez con otro compañero de cordada, Luis Abalde, muy entusiasta de las cosas de montaña y con una gran afición.

Dos días después, estamos otra vez al pie de la muralla, rápidamente ganamos altura, llegando a la gran terraza, donde nos retiramos la vez anterior, y estamos ante lo desconocido. El próximo largo de cuerda, según el croquis, es el más difícil de toda la ascensión. Dominando éste una bella escalada aérea y acrobática nos aguarda, una auténtica ascensión que nos hará gozar de la vida, cuando llenos de optimismo trepemos por las fisuras, camino de la cumbre.

Subo hasta un pequeño desplome con una oquedad, coloco un pitón y lo salvo por la derecha, luego hasta una lisa llambria, la cual paso horizontalmente hacia la derecha, protegido por otro pitón que se halla colocado. Pongo un estribo y paso fácilmente, aquí un pequeño accidente sin consecuencias, concede una especial emoción a la escalada, debido a un fuerte roce de la cuerda. Tengo que volver para atrás y establecer una reunión secundaria es este punto de apoyo para hacer subir a mi compañero. Una vez reunidos, prosigo la ascensión para realizar junto a una laja grande, despegada de la pared, la quinta reunión de la ascensión.

Le toca el turno a Abalde, y nada más colocar el pie sobre el estribo que cuelga del pitón, éste se sale. Mi compañero se desploma sobre el vacío. Felizmente vuelvo a sujetarlo pocos metros más abajo. Con el consiguiente susto llega de nuevo a la reunión.

Continúo por esta pared, ahora con una verticalidad absoluta, brindándonos la belleza de sus pasos, extraordinariamente aéreos y de una media dificultad. Alcanzo una pequeña plataforma colgada donde llevamos a cabo otra reunión. Prosiguiendo por unos pasos de V en libre, alcanzo una estrecha cornisa horizontal, la cual debo recorrer para situarme al otro extremo en otra pequeña terraza, suspendida al pie de un gran diedro, que el camino a proseguir.

Aquí otra nueva inquietud nos abruma, con el ardor de la trepada no nos hemos dado cuenta que unos pesados nubarrones han penetrado por el collado del Cilindro. Los primeros copos de nieve que comienzan a caer sobre nosotros nos vuelven a la realidad.

El lejano trueno se deja sentir y nuevamente veo mis ilusiones en peligro, pero ya estamos muy altos en la pared y el retroceso sería largo y peligroso. El camino más fácil es la cumbre y tendremos que esperar a que vuelva la calma. La tormenta arrecia cayendo la nieve con fuerza e insistencia. Gracias a Dios esta situación dura poco. Renace lentamente la esperada calma y una niebla algodonosa nos envuelve. Nos desentumecemos un poco y proseguimos en nuestro empeño. Una corta escalada en artificial (AI) nos separa de este diedro. Los pitones están colocados y con unos estribos salvamos la dificultad.

Entro en el diedro, que, gracias al agua caída, está resbaladizo obligándome a extremar las precauciones. Una corta placa lisa nos separa de una gran oquedad (V) donde llevamos a cabo una nueva reunión.

Esta placa me cuesta superarla, considerando este paso como uno de los más delicados de toda la ascensión.

Presentimos que la ascensión está dominada. Pasamos a la cara Norte por

terreno más fácil y menos vertical. La cumbre está cerca y entre la niebla una claridad solar se deja sentir.

Allá arriba el sol nos bañará con sus cálidos rayos, este pensamiento nos anima y reconforta, y con nuevos bríos proseguimos nuestra escalada. Tres metros de V grado nos coloca en un pasillo ascendente, muy fácil (II grado), hasta una chimenea descompuesta (IV). Atravesamos un espolón y por un ancho corredor alcanzamos la cumbre del Cilindro de Marboré.

Aquí terminan las dificultades, y por fin después de seis horas de lucha, hemos alcanzado la cumbre, horas antes objeto de nuestras ilusiones en llamarla después de ascender por esta vertical vertiente con todos sus peligros e incógnitas. Una paz profunda nos envuelve, después de haber escalado desplomes, chimeneas y fisuras y vencido el último esfuerzo, hemos aquí unidos a la cumbre, cansados, pero satisfechos de la ascensión realizada.

Otras cumbres y otras escaladas nos esperan y nos dan alegría de vivir esta sana afición de la montaña que tantas satisfacciones nos proporciona.

Una auténtica ambición nos domina, pero una ambición con medida.

La satisfacción que produce la acción cumplida por el valor de la acción en sí misma da la verdadera medida. La capacidad de cada uno es la verdadera medida de lo que le está permitido.

Nunca tratar de hacer lo que está fuera del alcance de nuestras posibilidades y de nuestra capacidad.

La cara N.E. del Cilindro de Marboré puede dar una verdadera medida.

RECORD DEL MUNDO

EN LAS ENTRAÑAS DEL PIRINEO

POR JUAN MARIA FELIU

200 HORAS DE LUCHA CONTINUA CONTRA EL CAUDAL SUBTERRANEO DEL RIO SAN MARTIN

La Sima de la Piedra de San Martín es quizás, la más famosa del mundo. Su renombre internacional se debe, en primer lugar, a que en ella encontró la muerte en trágicas circunstancias el destacado espeleólogo francés Marcel Loubens, y segundo, a sus fantásticas proporciones y profundidad.

El famoso «agujero» ha sido explorado en diversas ocasiones, pero nunca de manera tan sistemática y eficaz como en el verano de 1960, en que espeleólogos franceses, belgas, italianos y españoles se reunieron junto a la famosa muga del Tributo de las Tres Vacas.

En julio de aquel año evolucionaron sobre Larra aviones y helicópteros juntos con «democráticos», pero prácticos mulos que fueron los encargados de transportar muchas toneladas de material al campamento situado en las cercanías de la Sima de la Piedra de San Martín.

Esta sima se abre en la superficie de Larra a unos 1.750 metros de altitud en una estrecha oquedad, formando una chimenea vertical que se abre entre paredes que desciende interrumpidamente hasta 365 metros de profundidad. Y después, un caos de rocas inmensas, pasadizos, ríos, lagos y cascadas, precipicios enormes, galerías y salas de proporciones gigantescas, que se proyectan hacia abajo, siempre hacia abajo, hasta la increíble hondura de 1.110 metros desde superficie.

Tres torre Eiffel una encima de otra. Casi treinta y cuatro catedrales de Pamplona superpuestas...

Una cualquiera de las salas de la Sima de San Martín, no es más que una insignificancia comparada con la totalidad del conjunto natural subterráneo.

Sin embargo en la Sala de La Verna cabrían holgadamente cinco Plazas del Castillo. La gigantesca cúpula de esta sala se levanta hasta 150 metros. A la altura de una casa de 48 pisos...

Actualmente los espeleólogos no efectúan el peligroso descenso de la vertical de la sima —en realidad facilitaría la progresión «Río Arriba» en el territorio

español— sino como ya hemos indicado en otras ocasiones, la entrada al interior de este fabuloso conjunto subterráneo, se realiza a través del tunel artificial abierto por la «Electricité de France» en 1961, que conduce atravesando la montaña desde el barranco francés de Arphidia hasta el interior de la caverna en la Sala de La Verna.

Y... llegó el día de la cita con la caverna roncalesa para iniciar una nueva campaña internacional. El día 13 de julio, después de asistir junto a la célebre muga 262, la vieja «Piedra de San Martín», al tradicional Tributo de las Tres Vacas, una vez más enfilaba por los culebreantes senderos de las empinadas laderas del Soum de Leché, camino al diminuto pueblecito zuberotarra de Santa Engracia.

Al atardecer, dos viejos amigos de otras expediciones; Jean Marc Fermuguy de Rouen y Eves Graovac de Louviers llegan adelantados a la cita.

El día 14, es de jornada de gran actividad, llegan espeleólogos, material y víveres con gran puntualidad; Jacques Sauterau (Jefe del equipo de Rouen), Pierre Wandenfield, cameraman de la película en color que se prepara para filmar sobre el desarrollo de la Expedición «Río Arriba» son los primeros en llegar. Luego Maurice Wandenfield (hermano de Pierre), Veronique Desbore, una muchacha que por sus cualidades y conocimientos supera en mucho a bastantes personas que se hacen pasar por espeleólogos. Isaac Santesteban (Jefe del Grupo de Espeología de la Institución Príncipe de Viana de Pamplona), Rubén Gómez, del Espeleo Club de Bordeaux, Noel Nichaux, Geólogo y Jefe del Speleo Club de Bordeaux, los hermanos Cristian y Dominique Maigrene de Le Havre, Jules Desbore (hermano de Veronique) y por último, el bien conocido espeleólogo —nuestro popular intérprete hispano-belga— Félix Ruiz de Arcaute, del Grupo de Ciencias Aranzadi de San Sebastián.

Tras los saludos de rigor se preparan los primeros planes, puntualizando el desarrollo y organización de la expedición en el Hotel Hondagneu, tradicional lugar de cita de los espeleólogos que desde hace 40 años se reúnen en este típico hotel, antes de dispersarse hacia las profundidades del macizo. Pensaba en el clásico Hotel Seiler de Zermatt de antes de 1900, en el que simpáticos propietarios, más amigos que hoteleros, tomaban parte en las esperanzas, en las alegrías y en los desengaños de los Whimper y los Munmery.

Del mismo modo, volvemos a encontrar aquí, con el placer de siempre, no disimulado, los rostros abiertos y acogedores de la familia Hondagneu.

A las seis de la tarde, tras una larga caravana de sobrecargados mulos del material más diverso, remontamos el barranco de Arphidia, camino a la cabaña de la «Electricité de France» en la entrada del túnel de La Verna.

En hora y media se alcanza la cabaña de tipo canadiense, que ha servido durante estos últimos años de campamento base para todas cuantas expediciones se han desarrollado en el interior de la caverna, tanto río arriba como río abajo.

Entramos en el barracón de madera todos los bultos transportados por este último equipo de mulos, y una vez más convertimos en poco tiempo en un maragnun de fino sabor espeleológico.

Tras la cena nos sumimos en el sueño de la noche, pensando en esa noche inmensa y eterna que nos espera con un gran interrogante para mañana.

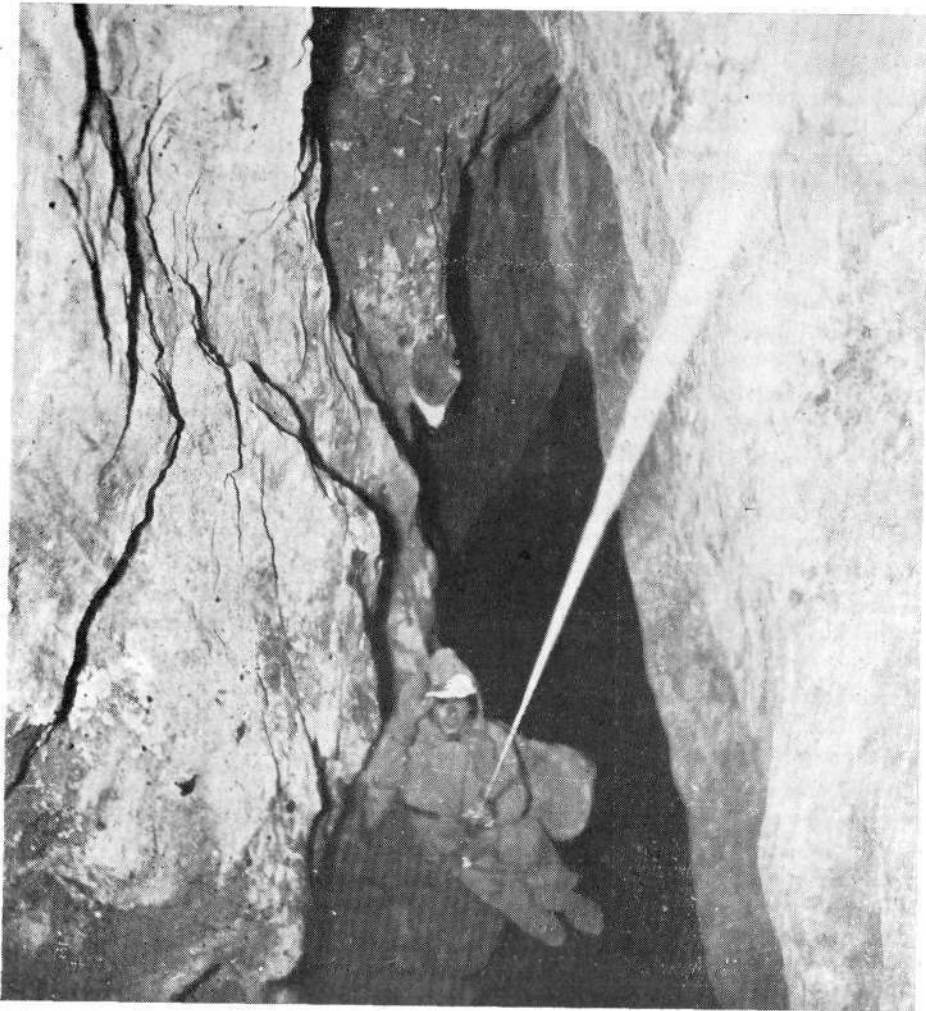
PYRENAICA

Está ya alto el astro rey cuando en el interior de la cabaña comienza a haber una extraña mezcla de ruidos y sonidos. Es la hora de los preparativos.

Al rato, acompañados de alegres cantos de los pájaros que pululan por la espesa vegetación de Arphidia, penetramos hacia el túnel de La Verna, uno tras otro, hasta catorce personas.

El viento fuerte, más bien húmedo del túnel de La Verna nos acoge. Tenemos «carne de gallina» durante algunos metros. Nuestros amigos que quedan en el exterior cierran la puerta, parando de esta manera la fuerte corriente de aire. Una vía de vagonetas de 800 metros va a conducirnos a la sala de La Verna,

Sima de la Piedra de San Martín. Un espeleólogo descendiendo, suspendido del cable, la vertical de más de trescientos metros. (Foto J. San Martín)



600 metros más baja que la entrada de la sima, la cual se abre en la montaña a una altitud de 1.717 metros.

Silenciosos y con paso ligero nos adentramos hacia la otra salida del túnel. Algunas maderas donde crecen setas, maderas podridas, un vagón abandonado y, de súbito, un ruido de cataratas. Es la cascada de La Verna.

Seré tan insensato que levantaré una vez más los ojos para buscar las estrellas, como lo hicieron Lepineux y Epelly cuando en 1953, desembocaron en esta fantástica sala por primera vez. Este anfiteatro gigantesco de 240 metros de diámetro por 150 metros de altura escapa, ¡claro está!, a la pobre lámpara de acetileno, mientras que varias bengalas de magnesio lanzadas al unísono permite vislumbrarla, ¡y de qué manera!

¡Oh! Este perenne techo, donde algún abstracto Miguel Ángel ha colocado de una gigantesca pincelada toques blancos, rosas, grises, bronceados, ¡estos bloques revueltos del tamaño de casas!

Las constantes idas y venidas de espeleólogos y turistas han terminado por marcar un ancho camino que asciende hasta la Virgencita sobre la lápida en memoria del espeleólogo francés Marcel Loubens.

Una vez más, siguiendo el escandaloso río de San Martín, iniciamos el largo y penoso remonte cara al territorio de nuestra nación.

Pasados los laberínticos «meandros» entramos en la no pequeña Sala de Chevalier, cuyo suelo se aprecia el gran proceso clástico que tanto caracteriza a esta sala. Después, siempre hacia arriba, superamos el practicable sifón de la Adélie, y dejamos atrás la Sala Adélie para remontar el duro y largo cono de derrubios, cubiertos de una espesa capa de tierra arcillosa, para salvar por medio de una tirolina de 40 metros en la vertiente opuesta, la caótica Sala de Quefelecq.

Una galería llana y amplia como una avenida, llamada el «metro», es el lugar más confortable de todo el conjunto subterráneo de la Piedra y es también el único sitio donde se puede ir con las manos en los bolsillos. De ella se alcanzan las salas de Marcel Loubens, Norbet Casteret y después de transponer la pequeña vertical de 18 metros llamada Gibraltar, pasamos la ¿frontera?, desprovista de toda señal «aduanera».

Teóricamente, una vez subido el espolón de Gibraltar, estamos ya en «el otro lado». Hablando con nuestros amigos franceses de los ambientes veraniegos de las costas mediterráneas remontamos la sala de Lepineux, en cuya bóveda se abre de manera impresionante la boca de la vertical de 365 metros que se inicia junto la «Piedra de San Martín».

Después de un refrigerio junto los restos de campamento de antiguas expediciones, comenzamos a remontar la fuerte pendiente de la Sala Lepineux. Los pasos difíciles se hacen aún más por la voluminosa carga que llevamos. Una vez remontados los terribles 80 metros de desnivel, nos encontramos con un verdadero caos de bloques que hacen nuestro avance muy peligroso. La marcha se hace pesada y lenta, y vamos descendiendo suavemente por una rampa que termina en una vertical de 15 metros que hay que salvar también con escala.

Entramos en la gran galería llamada «Avenida de Navarra». Pronto nos vemos obligados a dar numerosos saltos entre bloques que nos ocasionan gran distracción. Tomando la pared derecha avanzamos hasta la «Espada de Damocles»

donde quedan aún restos de campamentos de anteriores expediciones. Desde aquí, siguiendo las marcas de cinta fluorescente fijadas por otras expediciones, remontamos una gran pendiente de bloques llegando a un paso muy estrecho, única salida de este laberinto. Unos metros más y llegamos a la Sala Madeleine que dejamos al Este para bordear seguidamente un gran cono de derrubios desde donde vamos perdiendo altura.

En seguida comienza a oírse el ruido del río, que se va haciendo cada vez más estruendoso. Llevamos tres horas sin escucharlo, desde su desaparición bajo los bloques de la Sala de Loubens.

Bruscamente aparece la corriente que se suma con violencia en un túnel de bloques gigantescos. Remontamos la corriente hasta llegar a una playa con ensanchamiento del río y brusco cambio de dirección. Poco después damos con los depósitos de material del Speleo Club de París, de Bordeaux, Rouen y el nuestro, junto a la estación término. Once horas nos ha costado recorrer poco más de tres kilómetros y medio.

Junto con Isaac me dispongo a dormir después de una cena bien preparada, sobre nuestros botes neumáticos en la parte inferior del famoso «Túnel del Viento». Nuestros amigos llegan algo atrasados, nos ven ya en nuestras «camas» y deciden superar el Túnel del Viento e instalar más confortablemente una tienda gigante en la playa de Arlés en la parte superior del túnel, lugar donde instalamos en la expedición de 1965 el Campamento Base subterráneo de la exploración «Río Arriba».

Los espeleólogos Graovac, Desbore (Jules y Veronique), Fumiguy, Wandelfield (Maurice) y Maigrene (Dominique) retornan a superficie, después de realizar su labor de «porteur» y explorar independientemente de nuestro equipo la Sala Balandraux en «Río Abajo» de La Verna.

Poco después el silencio se adueña de los dos campamentos separados por el impresionante tubo del viento.

Unos fuertes codazos sobre mis costillas me despiertan de un extraño sueño. Como sonámbulo veo levantarse a Isaac y más tarde me animo a seguirle, de nuestros incómodos botes neumáticos, volviendo lentamente a la realidad de la caverna.

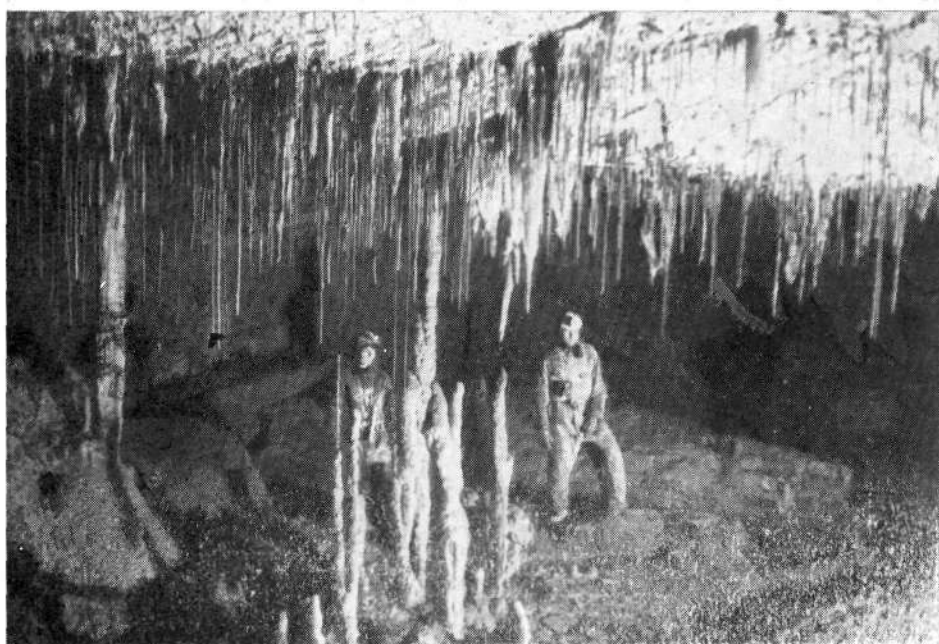
Estas salidas de nuestro cálido refugio de los sacos especiales de dormir, están cargadas de ilusión y dureza. El frío y la terrible humedad se apodera del cuerpo hasta la médula de los huesos.

Desde la pequeña isla que constituye la «Estación Terminus», en la parte inferior del Túnel del Viento, vemos unos 30 metros de galería estrecha, ocupada por un profundo lago.

Preparamos los botes neumáticos, ya que no hay otro procedimiento de progresión que la navegación, y con parte de nuestro material depositado en este lado del renombrado tubo, embarcamos para llegar junto a nuestros compañeros acampados en la zona superior del tubo.

Por este conducto sale una violenta corriente de aire helado que levanta fuerte oleaje en la superficie del agua.

Pronto nos apercibimos en la parte más peligrosa de que sólo los remos nos son imposibles para remontar la corriente.



Sima de la Piedra de San Martín. Galería «Aranzadi», que por la misma aún continúa la sima.

(Foto J. San Martín)

El ruido se hace cada vez más fuerte, dando la impresión de que nos acercamos a una cascada. El techo descende y llega un momento que parece imposible remontar. Inclinandonos sobre los botes y agarrando a los pequeños resaltes del techo conseguimos progresar hasta llegar a un recodo violento donde de repente el viento cesa.

La galería vuelve a tener amplitud y remando llegamos hasta una playa arenosa en cuya parte elevada vemos las pequeñas luces de los cascos de nuestros compañeros, que descansan sobre las estalagmitas que surgen por doquier en la fina arena de la playa de «Arlas».

En una tienda de campaña especial, capaz para 8 personas, encontramos a nuestros soñolientos compañeros.

Poco más tarde de haber ingerido un buen desayuno, junto con Isaac que nos encontramos preparados, iniciamos una labor de «porteur» hasta la Sala Príncipe de Viana para ir ganando tiempo.

El plan de este segundo día de permanencia en el interior consiste en avanzar con material de campamento y exploración hasta el punto más avanzado posible hacia «Río Arriba», para una vez instalado dicho campamento base, lanzar los ataques sobre una distancia menor a años anteriores en los términos de las pasadas expediciones.

Tenemos que hacer un paso de hombres para remontar los dos metros que separan el río del Túnel de Viento al nuevo conducto del líquido elemento. A poca distancia está el ensanchamiento del río de unos 50 metros. Arrastrando

los botes y con nuestras siempre pesadas mochilas al hombro hacemos mil movimientos de peligrosa gimnasia sobre inestables bloques de piedra para llegar después de nueva navegación a la gran sala de Príncipe de Viana.

Todo es feo e ingrato. Trabajosamente llegamos a la cúspide de esta sala donde resulta verdaderamente difícil mantener el equilibrio. Comentamos que toda precaución es poca, ya que los bloques tienen demasiada inclinación (unos 45° a 50°) para que puedan mantener mucho su posición.

Comenzamos a descender por una gran pendiente. Muy cerca uno del otro y con todo el tacto del mundo, llegamos a una especie de corredor al final del cual reaparece el río en un remanso bastante profundo. En bote atravesamos el lago y continuamos por un verdadero cañón donde el río baja rápido. Al fin llegamos a un nuevo desembarcadero donde se inicia una fuerte pendiente de suelo arcilloso. Por ella ganamos la caótica cúspide del bien llamado «Derrubio del Terror», donde termina sobre un pozo de unos 30 metros de paredes extra-plomadas, erosionadas de tal manera por las aguas que producen angustia. En su fondo discurre nuevamente el río.

Dejamos el material portado hasta la boca del pozo de Hidalgo y volvemos hacia el campamento del Túnel del Viento para ayudar a nuestros compañeros que suponemos en camino.

Llegados al campamento nuevamente retornamos hacia el pozo de Hidalgo, esta vez todos juntos.

Tras los preparativos del descenso del pozo, Noël es el primero en descender, el cual realiza una serie de péndulos en el vacío para lograr el aterrizaje sobre suelo firme. Después le sigo acompañado de la complicada labor del descenso del material.

Pierre Wandefield, Cristian Maigrene y Jacques Sautereau que vienen detrás nuestra filmando la película retornan al campamento del Túnel del Viento, para mañana progresar hasta el nuestro avanzado con más material.

Estamos en la entrada del «Gran Cañón Fossil». Es Noël, quien encuentra sobre el característico paso de la «Gran Cornisa», en la mitad del recorrido del citado fenómeno, un lugar apropiado para montar nuestro campamento base avanzado, que constituiría un avance jamás logrado por anteriores expediciones de «Río Arriba».

Lentamente vamos transportando todo el material hasta remontar sobre la Cornisa, a una altura de 25 metros sobre el fondo del Cañón Fossil.

Es alargada y estrecha, su parte más ancha tiene unos 6 metros, la más estrecha tan sólo llega a unos centímetros. En este lugar montamos una tirolina para asegurarnos a ella ya que es paso obligado para trasladarnos de la cocina y depósito de material que preparamos en un lado, y la tienda gigante común en el otro.

Pronto nos familiarizamos con el lugar y aprovechando una débil gotera que cae de un incierto techo, organizamos el abastecimiento del líquido elemento al campamento.

Esta vez con más rudimentarios utensilios, volvemos a preparar nuestro condimiento para después zambullirnos en los sacos de dormir en busca del calor tan ausente de nuestros cuerpos...

A las diez de la mañana comienza a haber movimiento en el interior de la tienda.

El doble sistema de los sacos de dormir, de plumón e isotérmico, sigue dando buen resultado. Continúo utilizando el bote neumático como colchón, y éste no deja de demostrar su eficaz colaboración con nosotros. Incluso para dormir.

Después de los preparativos para el ataque a la Sala Suze desayunamos copiosamente, iniciando seguidamente la marcha por la galería fósil, camino al embarcadero del «Gran Cañón». El plan de hoy consiste en depositar un campamento-vivac para dos personas en el «Terminus de 1965» en la Sala Suze, para desde allí, seguidamente esas dos personas (Isaac y el que suscribe) continuar la exploración por lo ignorado, rumbo «Río Arriba».

La existencia de un elevado nivel del agua en el río nos hace sospechar que algo no marcha bien en el exterior.

Pronto observo con Félix, únicos conocedores en esta ocasión, del río en el «Gran Cañón» durante la expedición de 1965, apreciamos un aumento sobre su nivel normal de dos metros.

Nos repartimos en tres botes y con ellos iniciamos una arriesgada aventura, amenazando con acabar en trágica.

Sin darnos cuenta de su verdadero peligro, llenos de optimismo, equipados pobremente el equipo español para solucionar el contratiempo de la crecida del río, avanzamos contra corriente durante metros y más metros, con ánimos de llegar a la lejana Sala Suze.

Nuestra larga navegación, entrecortada con frecuentes transbordos en cada barrera rocosa, en cada pequeña cascada nos llevó finalmente a unos peligrosos rápidos de turbias aguas, donde el «Gran Cañón» se estrecha en forma de meandro.

Es aquí donde los pasajes se tornan más difíciles y comprometidos. Después de una corta deliberación, decidimos retornar todos al campamento de la Cornisa.

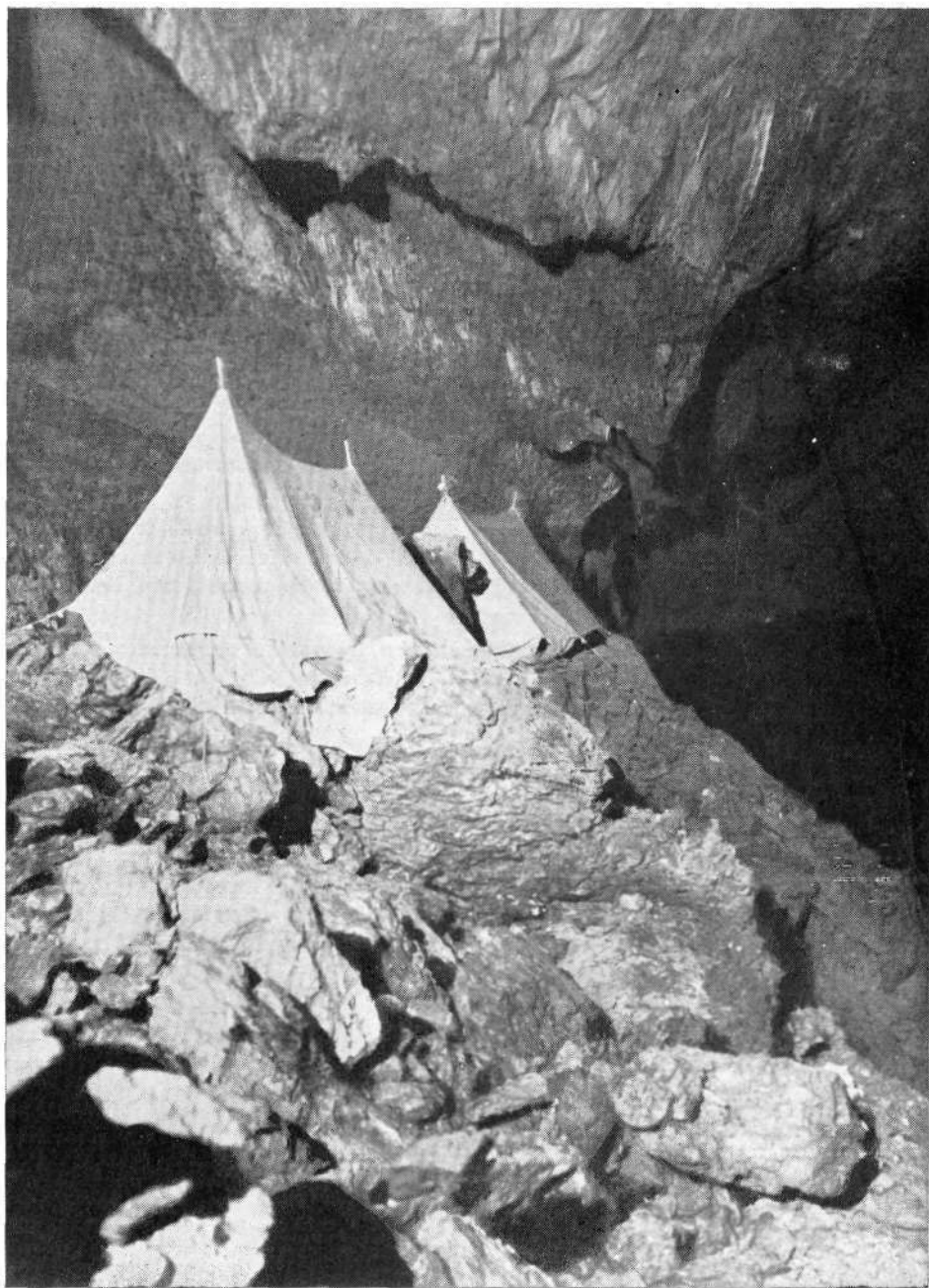
Esta etapa fue bastante movida. El descenso escalofriante en el momento en que nuestros frágiles botes penetran en las zonas de rápidos. Pese a las tirolinas de cuerda que montamos sin cesar en las paredes del cañón, para frenar el descenso del conjunto de los botes, el último de ellos volcó en aguas de una profundidad incierta, y los ocupantes tuvieron que salvarse, no demasiado fácilmente, a nado, en la oscuridad, sumidos en un baño de 2 grados con 9 décimas.

Un segundo bote reventó en una punta rocosa, y se hundió bajo el peso de dos hombres. El oleaje del torrente invadía constantemente los botes y fue preciso adherirnos a las paredes, salir del bote, dar vuelta a él y volver a embarcar para evitar el temido naufragio colectivo de la expedición.

Calados hasta la médula, excepto Ruben y Noël, que visten trajes isotérmicos de hombres ranas, retornamos al campamento base. Han pasado 16 horas desde nuestra partida del campamento.

Al llegar oímos voces lejanas que provienen de la zona de Hidalgo. Junto con Ruben marchó en busca de los esperados visitantes que se acercan al campamento. Son los tres cineastas que vienen con el material cinematográfico y nos comunican la desagradable y temida noticia de que estamos bloqueados por las aguas en el «Túnel del Viento».

PYRENAICA



Sima de la Piedra de San Martín.
Campamento en la Sala Chevalier.

(Foto J. San Martín)

Después de hacer un breve examen de la situación, comemos copiosamente para retornar una vez más, rendidos y tiritantes a los sacos de dormir.

El ruido de la gotera convertida en cascada, sigue hoy con el mismo ímpetu. Esto nos hace suponer que seguimos bloqueados sobre la «Gran Cornisa» y que en el exterior continúan las precipitaciones.

Después de una inspección en el embarcadero, Noël Lichaux comprueba un nuevo aumento del nivel en la torre de señales marcada por él.

En vista del panorama tan incierto que se nos presenta optamos por tomar la cosa con filosofía. Y así lo hacemos.

Mientras el equipo de Rouen, con sus cámaras filman diversos aspectos del campamento y el Gran Cañón, el resto nos dedicamos a la investigación del mismo y en sus múltiples ramificaciones.

La jornada pasa volando y nuevamente nos introducimos en los sacos en busca de calor y descanso para nuestros ateridos cuerpos...

Hoy miércoles, es el quinto día que llevamos en el interior de la caverna de San Martín, y comenzamos a tener cierta nostalgia de la luz, los colores y la vida natural.

Noël, siempre inquieto y preocupado por el resultado de la expedición decide forzar el Túnel del Viento, sea cual sea su dificultad, y descender hacia La Verna, para salir a la cabaña de la «Electricité de France», en el exterior, donde nuestros amigos bordeleses tienen almacenados un gran stok de material.

Poco más tarde Noël y Ruben parten con sus equipos de hombres ranas, con el fin primordial de abastecernos a los que carecemos de este material y realizar de esta manera con más garantía un segundo asalto a la Sala Suze.

Isaac trae buenas noticias del embarcadero. El agua a descendido 60 centímetros sobre el nivel de ayer, aumentando las posibilidades de paso de nuestros compañeros bordeleses.

Durante la jornada de espera al retorno de nuestros compañeros, nos dedicamos a nuevas escenas de cine y fotografía, para volver nuevamente a los húmedos y helados sacos de dormir.

Sobre las cinco de la mañana, son las voces resonantes de Jacques quien despierta a todo el campamento. ¡Viene Noël! Poco después, dos pequeñas luces se acercan a nuestra tienda. Ruben y Noël traen aires de fatiga, pero al verlos sonrientes con su voluminosa carga de sacos de goma-estanco, suponemos que han logrado su propósito.

Poco después nos acompañan en el sueño interrumpido por su inesperada llegada.

Son las doce horas cuando nos levantamos definitivamente, y es cuando Noël nos lee una nota de nuestro buen amigo, el biospeólogo Michel Cabidoche, recogida en la cabaña y dirigida a todos nosotros, dándonos una mala noticia.

En ella, de manera muy breve, nos pone en conocimiento de un doble accidente ocurrido en el Meandro Martín a Veronique Desbore, del equipo de Rouen y a Dominique Maigrene del Havre. Este último en los trabajos de salvamento de Veronique.

Ambos fueron rescatados rápidamente por miembros de los Grupos de Socorro

en Montaña y por último fueron trasladados en un helicóptero de la «Protección Civil» al Hospital de Pau.

El resto del equipo que exploraba la Sala Balandraux había partido en compañía de Veronique y Dominique, los cuales por fortuna sólo sufrían diversas fracturas en los miembros inferiores.

Después de una fuerte comida parten para el exterior, pues las aguas ya no bloquean el Túnel del Viento, Pierre Wandenfield (cameraman) y Christian Maigrene (hermano del accidentado).

Rubén se queja de un fuerte golpe en un brazo, descansará en el campamento y es el joven jefe del grupo de Rouen, Jacques Sautereau, quien nos acompañará en el segundo ataque hacia la sala Suze.

A las 13,30 horas de la mañana, todos equipados completamente con equipos de hombres ranas, partimos nuevamente hacia el embarcadero con menos peso que en anteriores intentos, ya nuestra intención es realizar la labor exploratoria de manera continua, con un margen de 30 horas, sin campamento alguno más arriba, y volver a la Gran Cornisa.

En el embarcadero comprobamos con alegría el fuerte descenso del agua, muy inferior al primer ataque del 17 de julio.

Con claro optimismo y sin grandes obstáculos avanzamos rápidamente, arrastrando los botes río arriba.

Pocos son los lugares que hay que embarcar y rápidamente superamos los rápidos que nos frenaron en el primer intento, para llegar seguidamente a una sala o zona amplia del gran cañón, donde el río desaparece entre grandes bloques clásicos.

Delante de nosotros se levanta un fenomenal amontonamiento de rocas a cuya cúspide son incapaces de llegar nuestras potentes lámparas. Es la «Primera Barrera». Unos pequeños cairns dejados por nosotros en la última expedición nos indican con facilidad los pasos y gateros clave bajo la barrera. Luego el río reaparece de nuevo.

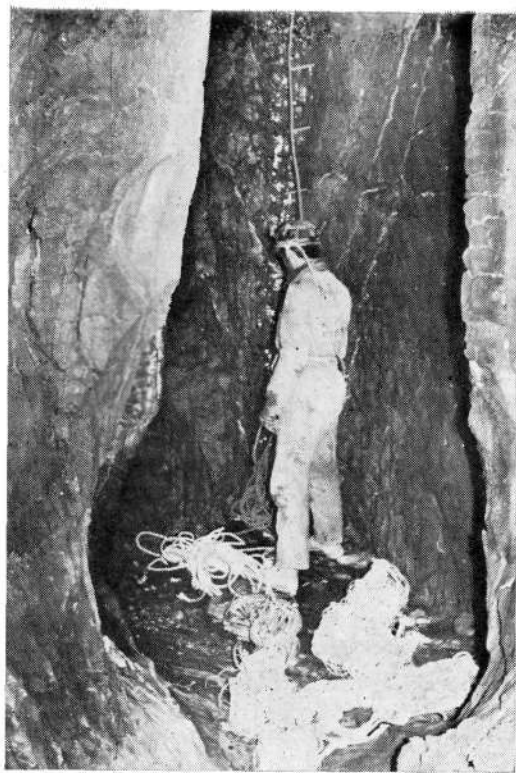
Al rato una impresionante montaña de bloques indica nuestra llegada a la «Gran Barrera». La continuación es difícil, y nos vemos precisados a dejar un bote en la parte inferior, ya que la progresión es un continuo juego de acrobacias.

Todo son dudas hasta salir nuevamente al río en la parte superior. De una manera imprevista, me separo con Noël, dejando atrás a nuestros compañeros con los botes. Nuestra inquietud es grande por llegar a la Sala Suze.

Pasan las horas, y los obstáculos van siendo eliminados. Las dificultades que vamos encontrando durante el recorrido, desprendidos de los botes y con una sola mochila estanca, dejan lanzarnos en ágiles escaladas en las barreras, cornisas, franqueo de paredes y cascadas, que aumentan progresivamente hacia la Sala Suze, superando las dificultades encontradas hasta el momento.

¡Jean Marie! Noël llama desde un punto más avanzado y me comunica su preocupación por el río. Observo detenidamente y compruebo contrariado el nivel del agua.

¡Vuelve a subir! Sí, cerca ya de la entrada de la Sala Terminal, el río vuelve a enloquecerse, bramando con inusitada fuerza. Una nueva crecida, pensamos.



Fondo de la primera vertical de 25 mts. de la Sima de Bazaburuko o Tete Gauvage en el curso del equipamiento del conducto que más tarde haría volver una vez más el record del mundo de profundidad al País Vasco.

(Foto
Ruben Gómez)

A las trece horas de continuo trabajo entramos junto a la «Gran Cascada» a la Sala Emilio Castiella, dando fin al recorrido acuático por el «Gran Cañón» de 2 kilómetros. Más arriba, siempre hacia arriba, la Sala Suze.

Pronto perdemos el río, en el fondo de la caverna. Caminando sobre enormes rocas desprendidas del techo, recubiertas de arcillas de decalcificación que las hacen sumamente resbaladizas, buscamos la continuación del río que sifona entre bloques en la parte inferior de la Sala.

Noël espera impaciente a nuestros compañeros sobre un resalte, mientras busco el acceso para continuar por el río nuevamente por terreno inexplorado. Después de un rato anuncio a Noël el feliz descubrimiento de la continuación. Cerca del conducto se encuentra un gran cairn que señala el límite explorado en la expedición de agosto de 1965.

Pasa el tiempo y nuestros compañeros no llegan. Impacientes volvemos al ruido, impresionados por el carácter que toma por momentos el río y con onda preocupación por nuestros amigos, retornamos río abajo. Tres veces intentamos volver con el agua que quiere arrastrar nuestros cuerpos.

Aferrándonos a las paredes como vulgares lapas, retrocedemos lentamente, ahora en busca de salvación, de nuestros compañeros y los botes.

Intentando mantener a toda costa la cabeza fuera del agua, nos dejamos llevar, a veces, por la corriente. En unos momentos que son críticos, el cuerpo

parece fosilizarse con un extraño hormigueo, provocado por los 2,9 grados de temperatura del agua.

¡Allo! «Noël, allí lejos se ven luces». Poco después entablamos conversación a gritos con nuestros compañeros, que esperan angustiados nuestra aparición sobre una pequeña isla, temiendo por lo peor.

Fatigados y completamente helados por nuestra interminable experiencia acuática, abrazamos a nuestros compañeros. Unos y otros nos consideramos salvados y tenemos mucho que hablar. Nosotros teníamos la comida y el infiernillo de butano, ellos los botes y el material de exploración.

«Isaac ha sufrido un serio accidente» —explica Félix con su característica mímica inquieta—. Su rostro sin esbozar el menor gesto, con el cerebro funcionando, pero sin accionar ningún músculo, ningún nervio. Quería y ni podía obedecer.

Y sigue Félix. «¡Llevamos dos horas dándole fuertes masajes a sus músculos atenazados por calambres, después de un naufragio en que fue al fondo del río con el pesado peto!» Noël, que es el hombre providencial, saca un chaleco isotérmico seco del saco, con el cual Isaac comienza a reaccionar.

Luego empiezo a tiritar. Creo que mis compañeros también. De momento me distraje; luego fue agotador. Intenté vanamente detener el ininterrumpido castañeteo de mis mandíbulas; duró hasta el final, a las 26 horas.

Afortunadamente no todo era desagradable. Jacques captura en estos momentos un ejemplar del famoso insecto cavernícola apenops, que habita únicamente en la zona francesa del complejo subterráneo de San Martín. Este hallazgo, según palabras de Michel Cahidoche más tarde, tiene su valor dentro de los estudios que se están realizando a través de varios años de observaciones muy importantes.

Nuevamente embarcamos con los botes, con un río de una fuerza y nivel superior al primer ataque, volvemos hacia el campamento. Cada 50 metros montamos las tirolinas fijadas a la pared para retener los incontrolables botes.

Con la experiencia del anterior intento vamos dominando el río y volvemos con algunos sustos, uno de ellos con un bote menos que fue tragado por las turbulentas aguas, más abajo de la «Gran Barrera».

La fatiga me embrutecía. ¡Estaba muy lejos de pensar en estos momentos cuál sería el lugar en el que podría terminar con esta aventura! Dormir, dormir...

Continuamente, en los pocos lugares donde podemos embarcar nos detenemos unos minutos para intentar hacer circular de nuevo la sangre por nuestras piernas dolorosamente anquilosadas, con la tensión e inmovilidad de los botes.

Una vez en el campamento de la «Gran Cornisa», llegamos felizmente a las 26 horas de nuestra partida, somos atentamente cuidados por Rubén que no descansa un momento.

Me costó el dormirme, por fin Morfeo me acogió en sus brazos y pude descansar de las fatigas y emociones, apretujado entre mis compañeros en busca de un calor casi perdido en las entrañas del Pirineo. La verdad que me costó recuperarlo.

LO QUE PASO DESPUES... UNAS BREVERIAS

Poco después de marcharnos el equipo español, nuevamente Noël, Rubén, acompañados del entusiasta paisetarra de Santa Engracia, Dominique Salaberri, volvieron a atacar la Sala Suze, y con un río en pleno estiaje que fue domado sin dificultad alguna, alcanzaron el terminus, efectuando la magnífica labor topográfica de los extremos del Gran Cañón.

Esto ha sido en resumen la actividad desarrollada durante la expedición conjunta entre los equipos de Aranzadi y Príncipe de Viana con los franceses en julio de 1966.

Con mayor suerte climatológica y por lo tanto de actividades desarrolladas, del 1 al 15 de agosto tuvo lugar un nuevo ataque a «Río Arriba» por equipos de Príncipe de Viana y del Speleo Club de París, éstos últimos al mando de Charlie Estarlegous, siendo los componentes del equipo navarro Javier de Diego, de Pamplona y los estelleses Julián Larumbe, Paco Lizarri y Jesús López.

La actividad desarrollada en esta última expedición fue muy importante, ya que fueron superados 800 metros nuevos de galería virgen y con la topografía de esta última exploración, ayudó a terminar la clave que el equipo de Max Cossyns y los de Montpellier perseguían para unir el exterior con la oquedad de San Martín, en los límites superiores explorados de la caverna. Así fue, y para ello sigamos leyendo...

ULTIMA HORA

LARRA HA RECUPERADO EL RECORD MUNDIAL DE PROFUNDIDAD

Cuando se descubrió la Sima de San Martín, hace ya dieciséis años, se abrió la gran posibilidad para en 1953 alcanzar la máxima profundidad, batiendo un récord que por la diferencia con el interior se hacía poco menos que imposible rebasarlo. Pero las entrañas de la tierra reservan grandes sorpresas y una de éstas se produjo poco después en la Sima de la Berger en Grenoble, alcanzándose los 1.139 metros que dejaban muy atrás los 737 alcanzados en el primer récord.

En esta ocasión se ha superado aquello para llegar a los 1.150 metros.

Siguieron las exploraciones, no obstante, en años sucesivos, despertando gran interés por ambas partes del Pirineo. Francia y España conjuntamente continuaron interesados en escudriñar el subsuelo de toda esta vasta zona de Larra, enclavada a lo largo de la gran cadena montañosa a una y otra parte. Los franceses tras grandes esfuerzos consiguieron abrir un gran túnel desde su lado hasta la sala La Verna, a lo largo de 800 metros, y fue entonces cuando se intensificaron las exploraciones del gran río que circula por aquellas profundidades, alcanzándose con ello un gran ahorro de trabajo puesto que desde allí, con ese fácil acceso, se consigue situar a los exploradores a un nivel de 797 metros de profundidad con relación a la boca de la Sima de San Martín.

Dado el interés común por conocer ese mundo del interior de la tierra se consiguió crear hace dos años una Asociación Internacional que habría de continuar los trabajos de exploración, integrándose en ella grupos espeleológicos de

PYRENAICA

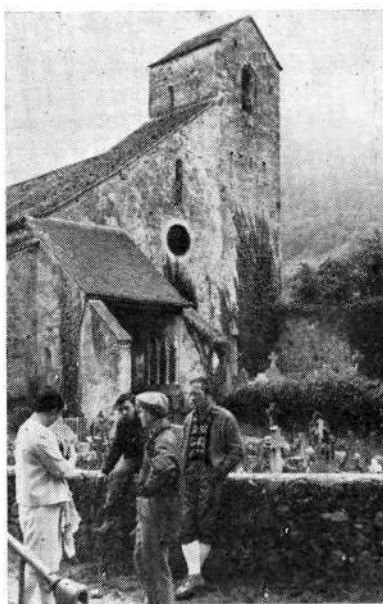
Francia, Bélgica y por parte de España el de la Institución Príncipe de Viana de la Diputación Foral de Navarra.

La tal Asociación denominada de Investigaciones Científicas Internacionales de la Piedra de San Martín, emprendió una acción conjunta en el pasado año 1965 para culminar en éste, después de recorrer en las dos direcciones y enlazar con la nueva sima descubierta de «Basaburuko Leizenzat» (Sima de la cabeza melenuda), que nace en las faldas del Anie a 1.879 metros sobre el nivel del mar, y la diferencia con el punto más bajo alcanzado por la otra parte en un pozo interior denominado «Aziza Farman», que se halla a 729 metros, es decir, con un desnivel de un lugar a otro de 1.150 metros.

La alegría del descubrimiento y sobre todo por el récord batido ha producido gran alborozo entre los participantes en la última expedición que lo han manifestado en un mensaje situado en el lugar de unión entre las dos rutas seguidas para alcanzar la proeza. El mensaje envuelto en plástico ha quedado enterrado bajo un montón de piedras y dice así:

«Este sitio han alcanzado los hombres del Basaburuko, bajando desde el lapiaz de Anie en el marco de operaciones organizadas por la Asociación ARSIP.»

Estos hombres representan el último eslabón, hasta hoy, de una larga cadena de hombres y esfuerzos que empezó en 1950 en el collado de Hernaz. El eslabón no es nada, pero la cadena aún está sin terminar. El trabajo que espera al espeleólogo es grande y de mucha más importancia que el de conseguir récord alguno.



Mme. Madelaine Casidoche, Ruben Gómez, Noël Lichaux y Michel Casidoche.

EN LOS MALLOS DE RIGLOS

POR DANIEL BIDAURRETA

A la salida de aquella curva en la carretera de Pamplona a Huesca, el coche «se nos paró» a la vista del Firé y del Pisón en aquel atardecer de sábado. Los Mallos de Riglos poseen con las últimas luces del sol una luminosidad casi propia, gracias a su color rojizo, que hace aún más conmovedora la increíble belleza de sus masas.

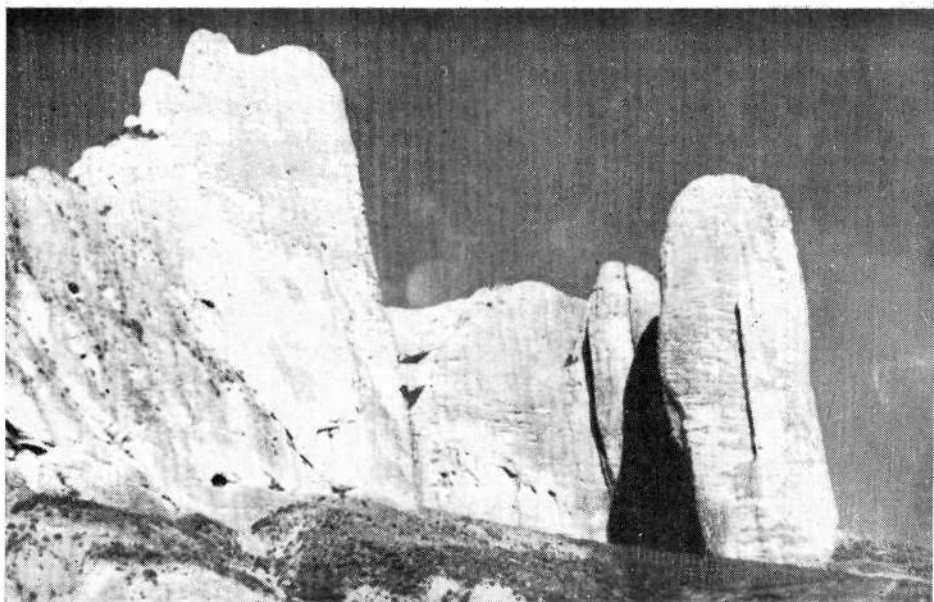
UN MUNDO APARTE Y GRANDIOSO

Nos quedamos, efectivamente, medio embobados a la vista del Firé a la izquierda, con sus puntas señalando al cielo y su espolón que emerge súbito de la tierra como el tronco de un árbol enorme y se eleva furiosamente como una saeta. A la derecha el Pisón, su inmutable compañero, más estático y menos airoso, pero mucho más rotundo, acaparaban el cuadro difícilmente igualable de aquel conjunto grandioso.

Poco después de Murillo de Gállego, atravesamos el río y tomamos la carretera que conduce al pueblo. Un poco antes de llegar, sobre un recodo que sirve de magnífico mirador, descubrimos un memorial sencillo y de muy buen gusto, que recuerda la muerte desgraciada de Rabadá y Navarro en el Eiger.

El pueblo está casi debajo de los mallos, empequeñecido por completo bajo las masas rojizas que se elevan a pocos metros de los tejados; un pueblo que no sugiere del todo al Pirineo, pero que deja entreverlo abundantemente en sus calles empedradas y limpias que trepan en pendiente, en dirección o paralelamente a los mallos. Es en este pueblo quizás el único lugar donde es posible dormir en cama, con luz eléctrica en la habitación y levantarse al día siguiente para escalar a pocos metros de la puerta, sobre unas paredes casi a pico sobre los tejados.

En cuanto llegamos nos reciben calurosamente nuestros amigos aragoneses, a la puerta del refugio Gómez Laguna; al día siguiente, hermanados por las cuerdas nos darían a conocer las maravillas íntimas de este lugar que ellos conocen profundamente; aquí está precisamente la cuna y la solera del alpinismo aragonés, y agarrado a las presas menudas de aquellas paredes inmensas y verticales se llega a comprender la clave de esas estupendas realizaciones efectuadas los últimos años. Riglos es, sin duda, la mejor escuela de escalada que existe



Mallos de Riglos.

(Foto J. San Martín)

en España y no habrá muchas que le superen en Europa. Donde en otros sitios ciertas alturas empiezan a suponer vías largas, aquí son lo mínimo requerido para hacer algo; esto ejercita constantemente al escalador a desenvolverse despegado del suelo, a distancias que frecuentemente no pueden ser salvadas ni con dos o tres rappes corrientes. Al contrario de lo que sucede con la mayor parte de las vías de escuela, que se pueden superar con un par de largos bien aprovechados, en Riglos todas las vías constan de bastantes largos, lo que crea un hábito de continuidad y de fondo que capacita extraordinariamente para las escaladas largas de alta montaña.

ESE PINACULO INVEROSIMIL...

La magnífica historia de Riglos comenzó después de la guerra. Antes apenas se tanteó; se registra alguna ascensión de importancia muy secundaria y la presencia incluso de una cordada italiana que no dejó huella. Las ascensiones importantes datan de los últimos quince años y figuran dentro de lo más sobresaliente de la escalada española. En la taberna de Riglos, donde se encuentra el voluminoso libro de firmas, las paredes ofrecen algunas fotografías de gran sabor, y entre ellas una donde aparecen varios escaladores con pantalón largo dirigiéndose a los Mallos; el detalle de los pantalones largos tiene su miga: a raíz de algunos accidentes graves acaecidos desde que comenzaron las visitas asiduas, la Guardia Civil prohibió escalar, y hubo que acercarse «disfrazado» de montañero normal.

La conquista del Puro del Mallo Pisón fue un capítulo importante que abrió la serie de todas las que vinieron posteriormente. Este pináculo inverosímil, de

increíble desproporción entre sus 60 metros de altura y su perímetro marcó una rivalidad deportiva entre catalanes y aragoneses que se hizo célebre por entonces. El Mallo Pisón ofrece una cara Sur uniforme y vista panorámicamente apenas ofrece detalles que rompiendo esa uniformidad señalen accidentes característicos. Sin embargo, este hecho tiene su gran excepción y su gran capricho geológico que es el Puro.

Triunfaron los aragoneses en aquella contienda; eran nada menos que Cintero, Rabadá y Manolo Bescós. Estos dos últimos murieron posteriormente, uno en el lejano Eiger y el otro a pocos metros de allí, en el r  appel que est   entre la chimenea Fany y la vía de los Cachorros.

Para esta primera visita a Riglos tengo la suerte de ir acompañado de una de las personas mejor dotadas para la escalada que yo haya visto, que es Ursi Abajo, magnífico conocedor de Riglos y gran persona, que me propone la ascensión al Puro.

LA ESCALADA, MECANICA DE PRECISION

La idea vulgar que se tiene del conglomerado, particularmente del de Riglos, es la de una piedra expuesta y desagradable que sólo se puede superar con una técnica particularísima; sin embargo, apenas nada de esto es cierto. En Riglos el terreno ofrece multitud de recursos para el escalador que sabe aprovecharlos y excepto en los trozos de dificultad máxima en los que el placer, en mi opinión, no reside en pasar sino en haber pasado, la sensación de la escalada se experimenta como en pocos sitios. Aquí es donde se necesita ese cuidado en los movimientos que hace de la escalada una cuidadosa mecánica de precisión; las posibilidades del terreno son all   por lo general, numerosas y bastante seguras, lo que permite hacer largas tiradas en libre, incluso en plena verticalidad, difíciles de conseguir en otros terrenos de igual condición.

En la cumbre del Puro, estrecho lugar, se divisa debajo el pueblo y parece que de tirarse uno en paraca  idas se aterrizara en un corral. En la cumbre del Fir   nos saludaban los amigos que habían subido, como puntos imperceptibles en aquella inmensidad. En este lugar, hecho a una escala distinta, también el descenso es distinto; iniciamos esos larguísimos y volados r  pelles tan propios de Riglos, que le ponen al escalador en la situación más parecida a una ar  a que se desliza por su hilo en el vacío. Sin embargo, el descenso es bien aprovechado y nos ponemos con rapidez en el suelo, a 180 metros menos de altura.

A cinco minutos sobre terreno llano tenemos la taberna de las fotografías, desde donde contemplamos el Puro mientras vaciamos el porr  n de cerveza con gaseosa. Riglos no tiene aproximación; es el reino de la escalada pura. Para sus naturales un hombre entre sus calles con medias de color y cuerdas al hombro es tan natural como en otros pueblos un cura con el breviario en la mano.

Riglos es durante los sábados a la noche y los d  m  ngos, un *cham  nise* humilde y lugareño, sin crampones ni piolets, pero proporcionalmente con muchas más clavijas.

La Mina de Arditurri en Oyarzun (Guipúzcoa)

POR ISAAC LOPEZ-MENDIZABAL

Hay en Guipúzcoa una montaña que tiene una personalidad destacada sobre las demás, y es la llamada «Aiako arria», la conocida «Peña de Aya». Las guías extranjeras de turismo suelen llamarle «la Peña de las tres coronas». En realidad, ciertamente, en su cima se destacan tres grandes mamelones de los cuales, el central, que es el más destacado, es conocido con el nombre de «Txurumuru».

Esta montaña, por esas características, llama poderosamente la atención del que la ve, y de ella guarda siempre el reflejo de su imagen.

Esta montaña, a su vez, tiene una cualidad digna de notarse. Es la montaña más antigua de Guipúzcoa pues, procede, de la época a la que pertenecen las moles graníticas, mientras que las demás montañas de nuestro país, son posteriores y sedimentarias de los períodos jurásico y cretáceo.

Tiene, finalmente, esta montaña, una particularidad muy digna de notarse, y es que en sus entrañas se labró hace unos dos mil años una famosa mina en tiempo de los romanos, conocida hoy con el nombre de «Mina de Arditurri».

La primera referencia histórica que de ella poseemos nos la da Strabon en su «Geographica», al citar la vía que saliendo de Tarraco (Tarragona), pasaba por Pompaelo (Pamplona), y llegaba hasta el poblado de Oiarso situada sobre el mar. Evidentemente, se refería, el famoso historiador nacido en Asia Menor y que escribía en griego, a la que hoy conocemos como «Mina de Arditurri».

La cita que da del poblado de Oiarso, aparece en algún historiador en la forma «Olarso» y también «Oiarso», y aunque, Strabon la califica con la palabra «polin» hoy empleada como equivalente a ciudad o villa de importancia, y de ella han venido política, policía y demás derivados, el poblado citado no constituyó, realmente, una población de importancia, pues no ha aparecido de ella, ni el menor rastro. Su importancia fue, pues, derivada de la explotación de una mina al pie de la montaña citada, y la cual debió producir gran cantidad de mineral, pues las galerías que aún subsisten alcanzan a una longitud aproximada de unos 18 kms., según lo estudió el reputado ingeniero de minas y respetable amigo mío, don Francisco Gascue, de la Real Compañía Asturiana, que luego explotó también, parte de esa mina. El mineral extraído en la época romana debió ser, en gran parte, carbonato de hierro y plomo.

La vía romana desde Pamplona a Oyarzun debió venir pasando el puerto de Belate, siguiendo luego la cuenca del río Bidasoa hasta llegar cerca de Irún desde

donde llegaría al pie de la montaña. El mineral transportado en carros sería, pues, dirigido a Tarragona donde embarcaría para Roma.

¿Quiénes fueron los que trabajaron en dicha mina? Una breve ojeada en la Historia nos lo pondrá en claro. El año 56 a. de C., deseando Julio César dominar a los galos que ocupaban parte de la actual Francia, emprendió una guerra contra ellos que terminó el año 54 con la conquista de ese país y también con la de la Aquitania, región comprendida entre el río Garona y los Pirineos, y contigua al País Vasco septentrional. Esta guerra, se repitió el año 38-37 pues los aquitanos se sublevaron hasta que el general Metelo se sometió. No duró mucho este dominio pues el 28-27 a. de C. se sublevaron los aquitanos de la tribu de los Tarbelli que, al fin, fueron sometidos por el general Agripa.

Los numerosos prisioneros que habían hecho los romanos durante esas guerras, los aprovecharon para trabajar las minas de Oiasso, al pie de la Peña de Aya, los cuales vivirían en pobres chozas, y aún muchos de ellos se cobijarían en las mismas galerías por ellos abiertas a fuerza de picos en aquellas masas de duro granito.

Todo esto explicaría, perfectamente, la gran cantidad de trabajo realizado sin pago alguno de obreros mineros cuya gran parte formaría el poblado situado entre la Peña y el mar sobre la bahía que llevó el nombre de Puerto de Oyarzun y se ve en muchos mapas de los siglos XVI y XVII, aunque hoy se le llame Puerto de Pasajes.

No tomarían parte, seguramente, en esa labor minera, los habitantes del país, en primer lugar porque los vascos estuvieron siempre en paz con los romanos, sin que hubiese jamás, entre ellos, contienda alguna, ni presión sobre ellos, y en segundo lugar, porque en aquellos tiempos, no serían competentes en la extracción de minerales, en cuya labor se habían distinguido ya los aquitanos, según nos cuenta el propio Julio César en sus «Comentarios a la guerra de la Galias».

En Guipúzcoa no ha aparecido, hasta ahora, ninguna lápida de inscripción romana, pues, la descubierta en esta zona minera, y no lejos de Oyarzun, es, indudablemente, de procedencia aquitana. Digamos, primeramente, que al sitio donde apareció le llamó algún «erudito de pega», Andre-arriaga, que sería textualmente traducida, «piedra de la mujer», siendo así, que el nombre antiguo de ese lugar debió ser el de «Adurriaga» o «Andurriaga». Pero inmediatamente vino la fantasía a forjar una leyenda, pues al P. F. Fita, a quien conocí personalmente hace muchos años, y gozaba de gran reputación como epigrafista, debieron darle falsos datos en los que se leían varias líneas en latín, todo lo cual es incierto completamente, pues la inscripción consta tan sólo de una sola palabra. AEBELTESO o algo semejante, pues por hallarse gastada la piedra, no es fácil interpretarla.

Don Telesforo de Aranzadi, el sabio prehistoriador, recién descubierta la lápida, calculó con paciencia la inscripción o nombre personal al parecer que se ve en ella, de cuyo calco hizo referencia en la revista «Euskal-erria», de San Sebastián.

La palabra citada no es, pues, latina, y tiene todo el aspecto de ser aquitana, lo cual nos demostraría que era tallada por un minero en recuerdo de algún amigo fallecido.

Encima de la inscripción aparece una figura humana muy tosca, que mira de frente, y se halla junto a un caballo o animal semejante, pero todo ello tan toscamente ejecutado que revela un autor sin ninguna preparación artística.

El P. Félix López del Vallado, S. J., en la página 839, del tomo «Provincias Vascongadas» de la «Geografía del País Vasco-Navarro», examina esta lápida y da su parecer, bien poco halagüeño sobre el insignificante valor artístico del mismo. Es, pues, simplemente una fantasía cuanto se ha dicho que representaba o estaba dedicada a la mujer del César, y nos parece, tan solo, un triste recuerdo dedicado a algún minero fallecido en la dura labor que ejecutaron al pie de nuestra pintoresca «Peña de Aya».

He solido subir varias veces a la cumbre de esta montaña, desde la cual se ve un panorama encantador, ya se dirija la vista hacia la costa de Hendaya, San Juan de Luz, Biarritz, y Bayona, o ya hacia la cuenca del Bidasoa que se halla a sus pies, teniendo a la izquierda la zona de San Sebastián, Orío, Zumaya, Zarauz, hacia el cabo Matxitxako. Hace bastantes años quise visitar la entrada de la mina y sus alrededores. Me acompañaba en la excursión mi buen amigo el oyarzuarra J. Oñatibia. Era una tarde muy calurosa y hasta presagiaba próximo temporal, y así sucedió, pues cuando nos hallábamos ya cerca del final, comenzó a tronar en forma tan fuerte acompañándose de gruesas gotas, que nos hicieron volver, rápidamente, a Oyarzun.

En el camino recordábamos que el año 1804 vino el ingeniero de minas francés M. Thalaker el cual entró a visitarla en compañía de uno del país. Entraron en ella y recorriendo varias galerías, pero se les acabaron las velas que llevaban. Su apuro fue muy grande, y aunque tantearon con cuidado para ver si hallaban salida, no pudieron salir hasta que siguiendo una pequeña corriente de aire respiraron al fin en la entrada de la mina, a las 11 de la noche después de un día interminable, lleno de angustia.

A los aficionados a la montaña les recomiendo la subida a esta Peña de Aya, de preciosa y característica silueta, pero, en cambio, no les recomiendo se aventuren a correr el riesgo del ingeniero Thalaker para no llevar, como él, un recuerdo amargo de la expedición.

EL PASTOR

POR
EDUARDO MAULEON

(Foto Ardanaz)



Lo vi cuando el sol se estaba dejando caer, perezosamente, detrás de una montaña morada llena de ventisqueros.

Desde aquí parecía el tronco solitario de un árbol chamuscado asentado sobre una hierba teñida de oro.

Se movió un poco cuando estuve junto a él. Olía a oveja y a humo.

Su cara estirada parecía un viejo pergamino adornado con pegotes de pecas marrones. Y sus manos, que se apoyaban en un cayado alto y blanquecino, eran unos huesos envueltos en un pellejo agrietado y oscuro.

Sólo un diente tenía. Una pala grande suspendida detrás de un labio desteñido.

Sus ojos eran dos rayas negras y diminutas pegadas debajo de unas cejas que semejaban pequeños alambres retorcidos.

Cubriéndole la cabeza una boina muy pequeña que, en algún tiempo, ya muy remoto, debió tener color negro, pero que las lluvias, los vientos, la niebla y la mugre le han prestado ahora un color difícil de clasificar. Que hasta cardenillo me figuré ver en ella.

Tenía puesto un espaldero de piel de cabra en el que se veía algunos corros calvos. Y cruzándole el pecho un zurrón de cuero con dos iniciales en el centro, hechas con puntas doradas.

En los pies unas enormes abarcas de goma recauchutada de las que salían unos trozos de orpillera que subían, rodeadas de cuerdas, hasta debajo de las rodillas.

¿Cuántos años tendrá este pastor? Lo mismo puede tener setenta, que trescientos, que dos mil. El no lo sabe. Piensa que jamás lo ha sabido. Recuerda que supo leer y escribir. Poco, pero lo supo hacer. Ahora, lo mismo que la cuenta de los años, se le ha olvidado por completo.

Le hubiera preguntado si aprendió a rezar, si lo hace aún o si por el contrario también lo ha olvidado. Pero no me he atrevido.

Y es que se me figura que este personaje que tengo ante mí, está hecho nada más que para orar. Ningún asombro me hubiera producido verlo como los anacoretas, de rodillas dentro de una cueva con suelo de paja y una tosca cruz al lado.

Su perro, el perro del pastor, es pequeñito y está tan famélico como su amo. Tiene tanta lana cubriéndole la cara que apenas pueden verse sus ojos redondos, casi amarillos y llenos de recelo ahora.

Al lado del pastor hay un corderillo recién nacido. Mamá oveja se halla junto a él, lamiéndole el cuerpo húmedo y tembloroso.

El pastor, arrugado y esquelético y su perro, lanudo y esmirriado, se han puesto a recoger el rebaño desperdigado por esta campa de hierba dura y mojada. El pastor grita, silba y golpea con su palo largo sobre las piedras blancas que ya se están cubriendo de frío.

De la mano del pastor cuelga el corderito. La madre berreante camina a su lado.

En una especie de plazoleta con suelo de barro mil veces pisado, rodeada de rocas, troncos y ortigas, se albergan las ovejas y un puñado de cabras.

Estamos dentro de la chabola del pastor. Este ha removido las cenizas que envuelven unas brasas semiapagadas. Y ha puesto, sobre ellas, pequeñas astillas resinosas. En seguida el fuego crece. Y sobre él pone más leños. Y yo me tengo que salir fuera, a secarme las lágrimas, porque el humo ahí dentro es insostenible.

En mi honor el pastor ha hecho un calderete de migas. Y hemos bebido de una bota muy pringosa, un vino recio y negro con gusto a pellejo.

La cara del pastor está roja por efectos del resplandor de la hoguera. Y sus manos huesudas cuando se mueven para remover los troncos llameantes y cuajados de chispas, proyectan tremendas sombras en las paredes de la cabaña.

Humanidad. Lo último que podía ocurrirme. Ahora resulta que este hombre que tengo ante mí, me confiesa que una vez se enamoró. Con esa manifestación acaba de romper todo el simbolismo, toda la admiración que creí ver y latir en él. Porque pensaba, me había hecho la idea, que toda su vida fue siempre, siempre, como hasta ahora lo veía.

Se prendó de una chica de su pueblo siendo él muy joven. Y lo que ocurre a diario entre hombres y mujeres y en cualquier parte del mundo: ella se fue con otro. Desde entonces está aquí.

Me dice que tenía el pelo del color del trigo maduro, y que le llegaba hasta más abajo de la cintura. Le gustaba tirarle de él. Ella creía que lo hacía por hacerla rabiarse, pero él explica que lo hacía por tocarlo, para tenerlo entre sus manos, por sentirlo para sí.

Adiós ilusión; adiós sentimientos y pensamientos. El anacoreta, el asceta, la genuina estampa bíblica por mi imaginación forjada, se ha quedado tan extinguida como la fogata de la txabola.

Cuando pensaba haber hallado el ser místico que me devolvería el sosiego, la paz para mi espíritu angustiado y enfermo, aquél me llevaba de nuevo ante lo que huía. Precisamente en la inmensa soledad de las montañas.

Por eso me he ido a dormir a mi rincón de hierbas secas.

Más tarde, cuando el viento de la noche se tropezaba con violencia contra la cabaña, me ha parecido escuchar un sollozo. Y cierto es que no sé si partió del pastor o de mí. Puede que fuéramos los dos...

ANGUSTIA

POR MARCOS FELIU

Desalentado me guardo la clavija. Tras varios intentos me convencí de que aquella figura no era pitonable. ¿Debo intentar aquel paso en libre? Pues llevo muchos metros sin ningún seguro. Al otro extremo de la cuerda mi compañero me observa preocupado. Pero tampoco puedo descender, tengo que arriesgarme. Un solo metro de minúsculas e inestables presas para alcanzar un gran saliente que me permitirá llegar a terreno más acogedor. Avanzo centímetro a centímetro, el corazón me sale por la boca, a cada movimiento parece que me voy a despegar de la roca y precipitarme en el insondable abismo. ¡Oh alivio! Ya toco el saliente. Un poco más, coloco una mano encima, cargo el peso y se desprende... Roto el equilibrio empiezo a caer de costado, merced al desesperado instinto, la mano encuentra una gran presa que no podía ver y consigo mantenerme. Una vez repuesto del susto puedo iniciar una travesía hasta un sitio seguro.

¿Pero dónde se halla la maldita chimenea? ¿Nos habremos equivocado o el error estará en la reseña? Tras otro largo flanqueo que aumenta el desconcierto la vislumbramos. Está aún muy lejos y llevamos el horario muy retrasado. Llego al difícil inicio, me aseguro con un buen pitón, e inicio el atlético forcejeo, consigo entrar. Pero la exclamación jubilosa se trueca por una maldición, con música de fondo del metálico tintineo que se pierde en el vacío. Una afilada laja ha cortado el aro portador del material. No tenemos ahora más que una sola clavija y la retirada resulta imposible. Hay que jugársela a cara o cruz.

La chimenea es anchísima y a cada instante me veo abajo. Llego al bloque que la interrumpe, paso extraordinariamente difícil, debajo de él coloco la clavija. Salgo lentamente, me echo totalmente hacia afuera consiguiendo poner las manos en la redondeada cúspide del bloque. La cuerda hace algo raro y al bajar la vista veo horrorizado cómo por ella se desliza la clavija que se ha salido. Estoy pataleando en el vacío, sudando por todos los poros, con la horrible sensación de trasla interrumpe, paso extraordinariamente difícil, debajo de él coloco la clavija. pirar a chorros por las yemas de los dedos que van resbalando... Reuno mis últimas energías para sujetar los nervios. Cierro los ojos y sin saber cómo, me hallo sobre el bloque.

Pero al abrir los ojos me quedo estupefacto, en vez de seguir la chimenea tal como indica la guía, hay una interminable y lisa pared. Me ato a un saliente y la examino, está dominada por unos enormes bloques que forman grandes techos. De pronto tras unos sordos chasquidos, veo cómo las gigantescas piedras caen hacia mí, no tengo salvación,

Una idea salvadora cruza veloz por mi mente, frenéticamente empiezo a deshacer los nudos de la cuerda, los bloques se acercan, suelto el último. Por pelos logro zambullirme en el vacío sin que me alcancen. Caigo, caigo vertiginosamente en el vacío. ¿Qué solución tengo ahora? Al atravesar una nube intento nadar, pero no da resultado. Al otro lado puedo ver que voy a caer sobre apretado conjunto de afilados monolitos. Fin horrible ensartado por las espinas vengadoras de la montaña. Pero no, paso rozando afiladas agujas para sumergirme en un negro pozo. La nueva angustia de la absoluta oscuridad se suma a la de la caída interminable. Angustia infinita, total, aniquiladora... De improviso...

¡Catacro... Había aterrizado entre mochilas y piolets, pero afortunadamente estaba indemne. Mis compañeros roncaban «beatíficamente» medio metro más arriba, en el rústico lecho de aquella cabaña de pastores. ¿Me habría empujado alguno o simplemente había caído al influjo de la terrible pesadilla?

Tenía la frente perlada del frío sudor, las sienes me ardían y la boca parecía puro estropajo. Busqué con ansia una cantimplora. El sueño había huido, encendí un cigarro. Las imágenes de la horrible pesadilla permanecían aún nítidas y me dieron lugar a un extraño pensamiento. ¿Fue esta pesadilla la suma final de una serie de ratos angustiosos, almacenados en el subconsciente? Inmediatamente rechacé la idea con ardiente convicción. Sería más probablemente un efecto del traidor sol de Marzo, después de un día de escalada por la blanca montaña, máxime considerando que había perdido el gorro.

Pues en contra de lo que puedan creer los profanos, los momentos angustiosos, prácticamente no existen en la práctica del montañismo difícil, cuando este se hace con la debida preparación técnica. Sino que por el contrario, se goza más ampliamente de la montaña, se aprende a conocerla y amarla más. Es un profundo placer espiritual, sólo los que lo practican saben de aquella paz profunda tras la superación de unas dificultades, que planteaban dubitosa incógnita. Aquel vencer o perder del que carecen las cumbres sin dificultad o conocidas. Y que hace mucho más fascinante la consecución de la cumbre. Ya que no es simplemente una búsqueda de la dificultad por la misma dificultad, quien piense tal andará errado. Pues cierto es que existe un tipo de escalador exclusivo servidor de la técnica, buscador de sensacionalismos, que parece ignorar la Montaña y buscar solamente la gloria y el «récord» de la dificultad.

Sin embargo el auténtico amante de la Montaña buscará las vías más elegantes y airoas que conduzcan a las cumbres por los lugares más bellos, pero sin rechazar las dificultades que serán como joyas que jalonarán el camino de emociones placenteras. Y después para el descenso la vía normal será un descansado premio para los que han sabido escoger la mejor de la Montaña.

SOBRE LAS HUELLAS DEL PRIMERO DE CUERDA

POR R. FRISON-ROCHE

TRADUCCIÓN DE JULIO LLANOS

Para mí todo ha comenzado por una nube.

El pequeño muchacho que yo era —en 1915— habitaba en París: una habitación sin sol, que daba a un patio sin árboles.

Incluso las nubes pasaban rápidamente, huyendo en dirección al «Bosque», lejos de mi alcance.

Me evadía como podía: a lo largo de las aceras polvorientas. Era una suerte que el Bosque de Boulogne estuviese allí. Sus pequeños arroyos, yo los poblaba de sirenas y monstruos marinos; hacía flotar sobre ellos la bruma de los grandes mares; a su vera «mis» pescadores arrojaban las redes; las acacias me parecían boababs; los robles, árboles gigantescos de la selva...

Pero, a la puesta del sol, ¡adiós los hermosos sueños!

Volví lentamente, a disgusto, por las gargantas hostiles de las calles estrechas, hacia la habitación sin alegría.

Un día —me habían hablado más de lo ordinario sobre algunos de mis parientes que vivían en la Montaña— me apareció una extraña visión. En el cielo que se había empurpurado, muy arriba, sobre el verde sombrío del Bosque, una montaña blanca, de formas perfectas, parecía flotar. Quedé inmóvil, en medio de la muchedumbre, contemplando la aparición. Grabé sus formas en mi memoria, las curvas armoniosas, las aristas que se destacaban sobre el cielo azulado del anochecer.

Hasta que ella se desvaneció.

De repente, hizo mucho frío.

Luego sentí que me invadía una ola de gozo. Supe que mi destino se había fijado; un día, abandonaría definitivamente la ciudad para alcanzar la montaña. Paso a paso, ascendería a la gran ciudad blanca.

Siete años transcurrieron, antes de que mi sueño se realizase.

Luego, una bella mañana, el tren de París, saliendo de las brumas de la noche, desembocó en la explanada de Sallanches,

Por primera vez se me apareció el Mont-Blanc.

¿Por primera vez?

Yo creí soñar: emparejaba exactamente las formas secretas de «mi» montaña y me hacía dudar. ¿No sería una ilusión, una nube que luego el viento disiparía?

Pero no. Era él.

Desde entonces, ya no me ha abandonado.

Primeramente, hubo entre la montaña y yo un verdadero idilio.

Al atardecer, terminado mi trabajo, me escapaba furtivamente de Chamonix. Tenía la población en esta época todavía, algo de vieja villa alpestre con sus guías barbudos fumando la pipa en la Plaza, y la fila de mulos esperando su turno para La Flegere, pues para Montervers ya se había instalado la valiente «cafetera» de cremallera.

Recorría en solitario toda la montaña media, subiendo de noche a través de los bosques de píceas, embriagado del viento que agitaba las ramas, deteniéndome a veces para oír mejor el canto de un pájaro nocturno, desembocando en una revuelta del camino, de la sombra de los bosques a una claridad bañada de luna.

Sobre todo me atraía la gran luz del otro lado del valle, el secreto espejeo de los glaciares. Era como un guiño continuo e intermitente, una llamada que hacía palpar mi corazón.

Fatigado, dormía algunas horas, sobre un colchón de flores de rododendros. El frío me despertaba justamente a la hora en que el primer rayo de sol doraba la cima del Mont-Blanc. Mis dientes castañeaban, pero era tan feliz que me parecía escuchar una música irreal... Más tarde, bajaba las pendientes, con el pie seguro de mi herencia montañesa, sobre las empinadas laderas. Rápidamente iba al trabajo, hasta la tarde. Pero, de este trabajo, podía evadirme cada cinco minutos y tomar cada vez un «baño de montaña». Las horas pasaban, llegaba de nuevo el atardecer y con él mis paseos nocturnos.

Era preciso que un día sobrepasase este mundo reservado a los novicios. Encontré un compañero, debutante como yo.

Nos ejercitamos en la Aguja del Moine, y diecisiete horas de búsquedas y titubeos sobre esta montaña fácil, no consiguieron desanimarnos. Sin dudar (era nuestra segunda ascensión), nos dirigimos hacia el Grepon. Su fama era entonces grande (1923), pero sólo algunos guías audaces llevaban allí a sus clientes; los sin-guías se contaban con los dedos, eran los fundadores del Groupe d'haute Montagne.

¡Qué imprudencia! Eramos dos, un inexperto de 17 años y un mutilado de guerra de 35. El tenía la voluntad y yo la agilidad... Lo pasamos mal, pero pasamos. Confieso con alguna vergüenza que sin una cuerda amiga en la fisura Mummery, allí estaríamos todavía. Sin embargo, habíamos tomado nuestras precauciones la víspera, habíamos vivaqueado sobre el Rognon de los antillons, pero por la mañana, todas las caravanas con guía, linterna en mano, nos habían adelantado. Volvimos al día siguiente a medianoche. Los guías me reprendieron por mi locura; los que fueron más violentos se han convertido después en mis amigos y mis maestros.

Dejé, en efecto, el pequeño hotel de Chamonix, donde me alojaba, y decidí

vivir como ellos, en sus aldeas. Sentía la necesidad de evadirme de lo que había de ficticio y artificial en el barniz de la civilización. Había descubierto que existía un alma secreta montañesa, cuidadosamente disimulada tras las apariencias burdas e interesadas. Partí a la búsqueda de esta alma, que concordaba tan bien con mis propias aspiraciones.

Varios años después, habiendo probado bien que yo era de su sangre y de su raza, fui adoptado por los Chamonianos que consagraron, nombrándole guía, al muchacho del valle de Beaufort, nacido por casualidad en París. Fui el primer «extranjero» inscrito en la Compañía. Más tarde, ha habido otros y más célebres. Lionel Terray, Lachenal, Rébuffat vinieron a juntarse después de mí, a los Payot, Balmat, Couttet, Charlet, Devouassoud, Simond...

Rompiendo con sus tradiciones autónomas, el valle de Chamonix acogía a los hombres del País del Mont-Blanc.

La gran Montaña imponía como hijos suyos a los que verdaderamente habían sabido amarla.

¡La Gran Montaña! ¡Las Montañas Malditas! ¡Los Glaciares!
Dominándolo todo ¡el Mont Blanc!

Más de cuatrocientas cimas entre tres y cuatro mil metros de altitud. Y los glaciares crujiendo en cataratas de seracs hasta los profundos valles franceses, italianos y suizos... Una barrera que domina directamente la baja explanada del Arve en más de cuatro mil trescientos metros. Fenómeno geológico único, espectáculo único en la Europa de nuestros días, es este fragmento intacto del período glacial, conservado hasta nuestros días.

Campus Munitus, el valle cerrado.

Tiene bien puesto el nombre.

Es preciso para alcanzarlo y adentrarse en las gargantas del Arve, en las Montées Félissier, y para salir de él hay que franquear el Collado de Balme o el corredor de los Montets.

Cuando se penetra allí por vez primera, se siente la sensación curiosa de estar, no encerrado —el término sería impropio pues la evasión es siempre posible—, sino prisionero moral de un paisaje atrayente. Ya se nota el magnetismo de los glaciares.

Conozco a algunos que se rebelaron contra esto desde el principio; habían adivinado que si no volvían atrás desde el primer momento estaban perdidos... y se han quedado.

Se han quedado como un amigo mío, un gigantesco y rubio escandinavo que, al desembarcar un día en Argelia, fascinado por Africa y su sol, ha renegado de sus fiordos y bosques boreales...

En Chamonix, muchos extranjeros se han unido así a los que desde hace dos mil años pueblan el valle.

En el principio sólo existían las montañas, y los glaciares lo cubrían todo. Luego éstos se han retirado lentamente, como a disgusto. A veces, sintiendo el re-

mordimiento, lanzaban atrevidos una oleada, separaban con su pecho de marfil los bajos bosques de píceas y robles. Pero un buen día, tuvieron sin duda miedo de los hombres, de esta extraña actividad humana tan diferente de su vida mineral, y desde entonces no cesan de recular hacia las alturas.

Hubo hombres de los bosques. Bandidos o criminales que pensaban vivir sin temor a persecuciones en este mundo aterrador que el alma medieval poblaba de diablos, brujas y demonios maléficos. Pero en 1901 exactamente, los Benedictinos fundaron en el lugar donde hoy se eleva la iglesia de Chamonix, un priorato, el Priorato de Champ Muni.

Los hombres se agruparon allí, compartiendo una vida que debió ser ardiente y ruda.

Refugiados en sus chalets, cubiertos por hierba o malezas, mezclados en invierno a sus rebaños a fin de aprovechar su calor, fundaron rápidamente una comunidad activa. Aumentaron e hicieron prosperar los rebaños de vacas negras y combativas, los carneros y cabras. Pero las escasas cosechas de centeno o cebada no eran suficientes para la alimentación. Se dedicaron a la caza. El venado abundaba, grandes lobos, ciervos, jabalís y osos, éstos se refugiaron en los altos parajes de la Vallorcine. Se aventuraron en los glaciares, en busca de lucro. Recogieron los magníficos cristales de roca de pirámides translúcidas y, ordinariamente por las difíciles gargantas donde el sendero serpenteaba sobre el torrente del Arve, iban a los valles bajos a intercambiar sus productos. Llegaban generalmente hasta Ginebra, comerciaban también con cierta continuidad con Turín. Pero nadie iba hacia ellos.

El valle quedaba aislado, con sus puertas abiertas, que nadie osaba franquear.

Bandidos, ladrones... Esta imagen se tenía de aquellos montañeses rugosos, de piernas secas y musculosas, encerradas en los rudos pantalones de paño negro, de largas cabelleras flotando sobre barbas impresionantes, ásperos de lenguaje, voluntariosos y testarudos, atentos a la ganancia, no plegándose nunca ante ninguna autoridad. Siempre en revueltas y violencias...

No eran bandidos, sino hombres libres en tanto que en las llanuras campesinos y siervos se ajetreaban sin fin y sin esperanzas. Ningún contacto les había ablandado. El amor apasionado por la libertad, he aquí la suprema enseñanza de las montañas que les rodeaban y que eran rehuidas con temor por las gentes de la llanura. ¿Qué tiene de extraño que a menudo comparasen a los naturales montañeses con el demonio? A sus ojos eran violentos y salvajes.

Pococke y Windham no tardaron en convencerse de ello, en 1741, cuando descubrieron el valle cerrado. Después de François de Sales, y muchos otros que no subían como el piadoso saboyano a cuidar y curar las almas, sino a cobrar los impuestos —fuente de todos los males para un hombre libre—, los dos ingleses introdujeron el turismo... y de un golpe cambiaron el aspecto de las cosas.

Fueron recibidos con deferencia por la población local que se preguntó solamente por qué tantas armas y escolta. Seguramente se les disuadió —con fineza— de ir más arriba: los glaciares eran sitios peligrosos, la ruta era larga, pero la verdadera razón era que más valía no mostrar a los extranjeros de dónde procedían los crisales. Sin embargo, como insistían, terminaron por acompañarles por el Sendero de los Cristaleros, hacia el Montanvers.

PYRENAICA

Les debemos el descubrimiento para el turismo, de la Mer de Glace.

Y sin duda, la idea primera de utilizar a las gentes del valle, montañeses y cazadores como guías de montaña.

Después de los ingleses, aparecen en seguida Bourrit y Sausure.

Fueron ellos los que verdaderamente descubrieron a las gentes de la región que había bajo los glaciares y las nieves un tesoro escondido: el Turismo.

Todavía no se hablaba de Alpinismo.

Por razones científicas Saussure se interesaba en la más alta cima de Europa. Bourrit, por razones más poéticas. Ambos estaban obsesionados por la alta cúpula blanca donde a veces se posaba, como un desafío, una tenue nube fusiforme.

Llamaron a los cristaleros, a los cazadores.

Hablaron de dinero, de primas. Nuestros montañeses son gente interesada, ávida de ganancia; poco a poco partieron a la búsqueda de pasajes, remontaron los glaciares, alcanzaron el Col du Geant.

Hubo un verdadero asalto hacia la Montaña: de Saint-Gervais, de la Gruvaz, de Bossons, de Pelerins, de Praz y de Chamonix. Largos bastones ferrados en la mano, que utilizaban para franquear las grietas, vestimentas rudas, cubrecabezas, saco de pastor a la espalda.

Cada uno esperaba ganar la prima, encontrar la vía.

Horace Bendict de Saussure, llegado al Priorato en 1760 esperará veintisiete años para realizar su sueño.

Otros, antes que él, pisarán la cima de la montaña blanca. El 8 de agosto de 1786, lo hizo el Dr. Michel Paccard, conducido por Jacques Balmat.

Jacques Balmat, de título «Mont Blanc».

Desde esta época se le conferirá el derecho de adjuntar a su nombre este título de nobleza. Era reconocer oficialmente la belleza de la montaña.

Entonces, a la par que las ascensiones se multiplicaban, el valle cambió de aspecto; ya no sería más el valle cerrado.

De todas partes acudían peregrinos de la naturaleza. Se erigió para ellos un refugio en Montenvers.

Para ellos los cristaleros de antaño, se unieron en Compañía de Guías, el año 1820.

Alrededor de los chalets, bajos y amplios, se construyeron albergues, luego grandes hoteles —entonces no se llamaban «palaces»—. La burguesía y la nobleza vinieron a Chamonix como antes iban a las estaciones de aguas o balnearios. A caballo, en pesados carruajes, remontaban las gargantas del Arve, donde poco a poco el sendero de cabras se iba transformando en carretera.

A medida que se transformaba el valle, se transformaban también los habitantes.

El contacto con extranjeros les ablandaba, les aportaba el gusto por las cosas cultas.

De campesinos, montañeses, que eran, iban a convertirse en trepadores, después de haber sido aventureros.

Todavía en nuestros días, si, dejando la carretera nacional, visitan ustedes los pequeños chalets del valle, quizá hallen muchas sorpresas... Sobre el umbral de la puerta un visjo fuma su pipa. Es más que octogenario. Pero entablará con

amenidad conversación. Y a medida que desgrane el hilo de sus recuerdos, podrán apercibirse ustedes de que hay cosas y gentes de ideas justas y profundas, que ha leído mucho, viajado mucho, y que su inteligencia ancestral ha sabido conciliar el gusto de la aventura y de los viajes con el de una vida simple y digna. Os mostrará con satisfacción sus trofeos: una piel de oso de Alaska, una manta del Cáucaso, una linterna tibetana, ¿qué sé yo?... Hay algunos en la Compañía que han dado la vuelta al mundo.

Se les mira ahora como gentes de una época anacrónica.

Pues el Alpinismo ha progresado a pasos gigantescos. Ha sido preciso menos de medio siglo solamente para darle su forma actual.

Después de las ascensiones científicas y las ascensiones románticas vinieron las exploraciones. El término no es exagerado: entre 1850 y 1880 se exploró el macizo del Mont Blanc como se había explorado el Valais y el Oisans. Al contacto con los grandes viajeros, ingleses sobre todo, que les contrataban cada verano, los guías atacaron —como en la misma época sus colegas de Zermatt, de Grindelwald, de Valtournanche o de Coumayeur— los principales «cuatro mil» de los Alpes.

Ya el Mont Blanc no es más que una ascensión banal —para los grandes—. Sobre su cima, en las bellas mañanas de verano, se acumulan caravanas enteras. Pero se trata de personas que no podríamos calificar exactamente de montañeros.

Empujados la mayor parte del tiempo por los portadores, arrastrados por los guías, excitados por el orgullo, realizan aquel día la única ascensión de su vida. Es bastante para ganar el diploma que les conferirá en el círculo de sus amistades una aureola pasajera de héroes.

No. Los verdaderos montañeros en esta época se encuentran en otra parte: en la Verte, en las Jorasses, en la Bionnassay.

Su piolet es una hacha.
No conocen los crampones,
ni las herraduras en «ala de mosca»
menos aún los tricounis.

Calzados con zapatos de clavos redondos, marchadores infatigables, vivaquean en los mismos lugares donde en nuestros días se elevan las cabañas, realizan hazañas que todavía ahora asombrarían a nuestros jóvenes. La Aguja del Dru, saliendo del mismo Chamonix, la Verte partiendo del Montenvers, el Mont-Blanc desde Chamonix sin paradas, sin altos. Clientes y guías, unidos por una sólida amistad de varios veranos, son de igual valor.

Una a una las hermosas cúspides del macizo del Mont Blanc van cayendo.

Recorridos de nieve y de hielo primeramente, luego grandes ascensiones de aristas: Rochefort, Chardonnet, Mont-Blanc por el Bruouillard, o el glaciar de Fresnay...

Es la bella, la magnífica época de los guías barbudos de mirada joven, llena de nobleza. (La inquietud del tiempo no pesaba sobre ellos).

Todo era nuevo. Todo era bello.

Cuando descendían al valle, habiendo trepado Charmoz o Grepon, el cañón sonaba en su honor. Las damas iban hasta las primeras cascadas a esperarles, seductoras y esbeltas, sobre sus mulos que montaban con estilo de Amazonas.

¡Qué hermoso era entonces el oficio de guía!

Se tenía junto a sí durante todo el verano a uno, tal vez dos clientes que eran amigos. Se iba de Chamonix al Valais, del Val de Aosta al Oissans, y luego, en otoño, volvían a su chalet. Se contaba el dinero y las vacas, y con el oro de la montaña y los productos del rebaño se construía. Alguna vez, llegaba una carta con sello del extranjero. Era una invitación para una cacería en Escocia, o para una expedición contra el oso en los Cárpatos...

Cuando se volvía del viaje, la nieve cubría todo el valle, ya silencioso. Nadie venía a visitar las montañas. Se ignoraba el ski, y que la nieve sería más tarde una fuente de vida. Bajo las primeras fotos, pronto amarillentas, la cuerda y el piolet se unían cual precioso trofeo. Por los senderos abiertos con palas, venían al atardecer los vecinos. El calor era dulce alrededor del hogar de piedra, que ardía toda la jornada.

Largas charlas al humo de las pipas, juegos de cartas, pero sobre todo meditación y preparación de las próximas expediciones.

De toda esta época no le queda al guía moderno más que su pasado de montañés-campesino. Algunos todavía —a pesar de la gloria y las victorias deportivas— permanecen fieles a sus viejos chalets. Y de primavera al otoño, realizan el ciclo ritual de Chamonix.

Enero-abril, monitor de esquí.

Luego el bosque, el heno, por fin el piolet.

Julio-agosto, 1.^a mitad de septiembre, subir, descender.

La Verte, los Drus, el Peigne, Mont-Blanc, Chardonnet, Mummery, Argentiére, Tour Noir, la Seigne y Balme, dando la vuelta.

Ni una hora, ni una noche de reposo. Es preciso marchar, marchar como el corneta de Rilke, ávidamente, mientras es tiempo.

Con las primeras nieves, se detiene.

Se encuentra solo en el valle.

Septiembre-octubre, los rebaños regresan.

Noviembre, es preciso cortar la leña, serrarla, transportarla, apiñarla ordenadamente en torno al chalet.

Diciembre, la nieve, el esquí.

Todo vuelve a comenzar.

Ni un día de reposo, y a menudo, ¡ay!, después de un verano de niebla y lluvias, tampoco sobra el dinero. Entonces es preciso hacer de albañil, o carpintero.

Verdaderamente, hay que amar el oficio. Los antiguos tenían más suerte.

Cuando se habla a los jóvenes de los fabulosos contratos de los viejos, abren los ojos desmesuradamente. Para ellos es el cliente quien cambia cada día, quien se torna exigente —no se toman guías sino para las ascensiones excepcionales—, las otras se hacen en solitario. No hay tiempo de ligar amistad con él.

Se aborda en el refugio a un desconocido que os espera.

—¿Es usted el que viene para la Verte? Bien. Hay que levantarse a media-noche.

Debería interrogársele, saber de lo qué es capaz, sondear su pasado, sin duda bastante reciente, de alpinista. Pero entonces no se tomaría a casi ninguno.

Y en la noche glacial, encordado con una sombra anónima que tiembla, el guía sube, llevando su paso al compás del balanceo de la linterna. Generalmente el cliente pasa, y luego se regresa.

—Hasta la vista, guía. ¿Cuánto le debo?

Uno quisiera descansar, reposar, ha sido preciso tallar las «bañeras» en el hielo, asegurar continuamente.

Otro desconocido os espera, lejos de aquí, a cinco horas de marcha.

Se baja, se sube.

Un día en los Drus, la misma tarde en la Tour Rouge y al día siguiente en el Grepon.

Una tarde por fin, en Chamonix... rápido, un salto hasta casa.

Pero... he aquí el Guía-Jefe que os da un encargo: esta noche, en los Grands Mulets... No se podrá ver a la mujer.

Se vuelve a partir.

El trabajo en cadena del guía moderno.

Y durante este tiempo, los otros hacen las «primeras».

Ellos no tienen tiempo. Es preciso ganarse la vida, sostener la familia.

De buena gana se dejaría el oficio.

Pero está allí el Mont-Blanc.

Está la alta cadena que todos los días subyuga con su irresistible llamada. Están los recuerdos.

Las luchas encarnizadas que se sostienen contra las torres de granito rojizo, allá arriba, en pleno cielo estival, e incluso la larga marcha de aproximación, en el frío azulado de los glaciares.

Se oye el mugido del viento a través de las planchas metálicas del refugio.

El soplo aullante de la tormenta que parece va a destruirlo todo.

Se piensa en los largos silencios que siguen, tan completos, tan llenos de inmenso vacío...

Entonces después del padre, el hijo. Se recomienza.

Se recomienza la vida de siempre con sus penas y alegrías, con sus peligros.

¿Por qué cambiar?

A veces se ensaya.

Un día de otoño, desamparado, se huye del país.

En la llanura o en las ciudades se encuentra el filón, el puesto tranquilo. Se gana buenamente su vida, no hay riesgo, ni aventuras, ni frío, ni tormenta.

Luego, una tarde, en el cielo aparece el signo y las nubes toman forma de montaña, se cede a la llamada, y se vuelve.

Más pesado y cansado de esta experiencia fallida que antaño de una gran ascensión.

El piolet está allí, y las cuerdas.

Se vuelve a partir...

Oficina de guías, el turno, el cliente...

Y allá arriba la Montaña sonríe. El hijo pródigo ha vuelto. Ella lo sabía bien... Cuando se es del valle cerrado, ¿para qué querer evadirse?

JUNGFRAU

(ALPES BERNESES)

POR RAFAEL DEL PILAR ZUFIA

A mi amigo Gabriel Zabaleta, con el cual compartí mis primeras emociones en el luminoso mundo de los Alpes.

En los Alpes, sobre todo, hay montañas que están estrechamente unidas al nombre de algunos pueblos. Cuando se habla, por ejemplo, del Mont-Blanc, inmediatamente pensamos en Chamonix. Si nos hablan de Zermatt, nuestra imaginación se traslada al maravilloso Cervino.

Si sale a relucir una conversación sobre Grindelwald, en general, el tema de la misma es el Eiger.

Hermosa, altiva y de duro aspecto a la vez, esta montaña, con la más alta cara Norte de Alpes, es conocida por casi todos los montañeros del mundo. Su escalada por dicha cara es difícil y atrae a los escaladores de forma singular, deseosos de vencer tan formidable muralla.

Sin embargo, en la comarca de Grindelwald hay otras montañas, tales como el Wetterhorn, Schreckhorn, Lauteraarhorn, Finsteraarhorn, Mönch y Jungfrau, por no citar otras, que son igualmente maravillosas.

El Wetterhorn aparece casi siempre como un bello fondo en las postales de Grindelwald. Separado por el glaciar Oberer del cercano Mattenberg tiene vida propia. Llama la atención sus altas murallas calizas y su hermosa cumbre, defendida por inclinados neveros.

El glaciar Unterer separa a su vez al Mettenberg del Eiger. Los dos glaciares se estrechan y rompen sus hielos al salir impetuosamente en forma de cascada y caer al valle.

Muy atractivo resulta igualmente el Mönch, siendo muy visitado, al igual que la Jungfrau, de quien voy a hablar.

Con sus 4.158 metros de altitud, conjuntamente con las cumbres indicadas, forma el núcleo principal de los Alpes Berneses.

Su cumbre es de hielo. Inclinadas rampas de hielo cubren sus flancos uniéndola a los extensos glaciares que bajan hasta los valles.

Al sur de esta montaña, cerca del Finsteraarhorn (4.274 m.), nace el glaciar de Aletsch, el más importante de los Alpes, con 26,8 kms. de longitud y una superficie de 115 kms. cuadrados.

Los itinerarios de ascensión más lógicos son: uno partiendo de Grindelwald, por el glaciar Unterer, ascender por el canal que separa al Kalli del Zäsemberg y entrar en el glaciar Fiescher. De aquí continuar paralelamente al Eiger en dirección al Mönch.



El macizo de Jungfrau desde las vertientes de Schithorn. De izquierda a derecha las cumbres de Eiger (3.974 m.), Mönch (4.099 m.) y Jungfrau (4.158 m.).

(Foto J. San Martín)

Este recorrido, según como se encuentren los glaciares puede ser más o menos difícil. Su longitud puede calcularse en unos 11 kms. aproximadamente.

Llegados a las faldas del Mönch, se funde este itinerario con el que se sigue partiendo de la estación de la Jungfrauoch.

CAMINO DE GRINDELWALD

Estación de Chamonix. Oficina de Viajes. Nos preparan los billetes para ferrocarril, cuyos datos adjunto por si sirven de orientación.

		Salida Chamonix	12,00
Martigny,	llegada	13,44	salida 15,26
Brig	"	16,33	" 17,08
Spiez	"	18,20	" 18,28
Interlaken	"	18,52	" 19,00
Grindelwald	"	19,40	

El itinerario es algo engorroso, pero merece la pena realizarlo para conocer este maravilloso conjunto de montañas en pleno corazón de Suiza.

Cuando llegamos a Grindelwald (19,40), una espesa niebla cubre hasta muy abajo las montañas. Una fina llovizna nos recibe al pisar el andén. En vez de subir al refugio «Los Amigos de la Naturaleza» bajamos al camping, donde montamos la tienda a oscuras.

Una ligera cena y nos acostamos. En la tibieza del saco, antes de dormirme, pienso en el lugar donde nos hallamos. En las montañas que nos rodean, con sus leyendas e historias; en el Eiger, en cuyas paredes lucharon, triunfaron o murieron muchos hombres. Y sobre todo en la Jungfrau, por ella hemos venido aquí.

Pienso igualmente en que se nos terminan las vacaciones; justamente nos quedan cuatro días para subir y regresar a casa. Si el tiempo no nos acompaña, no hay nada que hacer.

HACIA LA JUNGFRAUJOCH

Una suave claridad va iluminando poco a poco el interior de nuestra tienda.

Saco la cabeza y veo que el tiempo es magnífico. La niebla se está marchando, quitando su triste velo de estas montañas.

El aspecto que ofrecen es cautivador. A esta temprana hora, aún resiste la niebla entre las cumbres, pero, impulsada por una suave brisa se deshilacha para terminar vencida.

Se ve nieve reciente en las alturas: la Norte del Eiger está Blanquísima. Su cumbre despidе los primeros destellos, al recibir la caricia del sol.

Como no tenemos demasiado tiempo para efectuar la ascensión y por otra parte no sabemos cuánto durarán las buenas condiciones climatológicas, decidimos subir en el tren de cremallera hasta la estación de la Jungfrauoch, a 3.454 m. de altitud, situada en el cuello o collado que separa a la Jungfrau del Mönch, el mejor punto de ataque a nuestra montaña.

Al sacar el billete, nos vemos gratamente sorprendidos: con el billete que nos prepararon en Chamonix nos hacen un considerable descuento: de 60 FS. por persona, nos cobran 29.

Partimos a las 14,50. Al pasar por Alpiglen nos recreamos en la contemplación de la fantástica cara norte del Eiger, que se alza majestuosa a muchos metros por encima de nuestras cabezas.

A las 15,40 llegamos a Kleine-Scheidegg (2.064 m.), cambiando de tren. Seguimos, alcanzamos seguidamente Eigergletscher (2.320 m.).

La vía se empina considerablemente a partir de este punto, a la vez que penetra en el túnel. Este túnel, fantástica obra de ingeniería, atraviesa las entrañas del Eiger y el Mönch y pone en comunicación dos vertientes opuestas de la montaña.

Pasamos por la estación de Eigerwand (2.865 m.), desde donde un pasadizo comunica y permite asomarse a la cara Norte.

Al llegar a Eismeer (3.160 m.), luego de dar una gran vuelta, el tren va recto hacia la Jungfrauoch (3.454 m.), a donde llegamos a las 4 de la tarde.

Si el trazado de la vía y túnel es extraordinario, no lo es menos lo que veo a continuación. Unas galerías abiertas en la roca viva comunican entre sí a las distintas dependencias que se han construido en este lugar.

¿Un hotel de lujo en la Alta Montaña? ¡Sí! La pericia de los suizos se hace patente a la vista de aquellas obras: cantidad de habitaciones con todos los servicios (calefacción, luz, agua corriente, etc.), bar restaurant, salones, ascensores interiores, balcones que permiten asomarse a los glaciares, vertiente de la Jungfrau, etc.

PYRENAICA

Hemos salido un momento a uno de esos balcones para tomar unas diapositivas: allí están también los turistas, que fisgonean por todas partes, con aire de verdaderos despistados.

A pesar del buen tiempo, hace mucho frío. Entramos, dirigiéndonos hacia los aposentos destinados a los montañeros. Por las galerías corre igualmente un aire que pela. Por cierto que al ir a entrar a nuestro departamento, nos tropezamos con un individuo que era medio arrastrado por cuatro enormes perros de San Bernardo, los cuales, y teniendo en cuenta el lóbrego aspecto de aquel lugar, impresionaban con sus aullidos.

Una vez instalados, observamos el gusto, sencillez y elegancia del aposento. El interior de madera, con unas fuertes vigas barnizadas. Unas lámparas de hierro dan un curioso toque a la estancia.

Para dormir, literas dobles. Cómodas mesas y bancos completan el mobiliario. Unas grandes ventanas y puerta que comunica al balcón, terminan la estructura.

Se encuentran alojados unos montañeros suizos de lengua alemana y unos italianos de Florencia, con los cuales charlamos.

Empieza a anochecer. El glaciar va tomando un tinte azulado al dejar de ser acariciado por el sol. Las altas cumbres se visten de un rosa pálido y en el cielo las estrellas hacen su aparición.

Luego viene la noche. Una noche clara y serena en la que el silencio, como único señor, extiende su manto misterioso por glaciares, cumbres y cresterías.

Después de una frugal cena, nos acostamos.

Vista parcial del glaciar de Aletsch, el mayor de Europa. A la izquierda la cumbre de Dreieckhorn de 3.811 m. (Foto J. San Martín)



EN LA JUNGFRAU

A las 4,00 de la madrugada, aún de noche, nos levantamos. Pasamos rápidamente al comedor donde desayunamos.

Tomando la mochila, preparada la víspera, y luego de caminar por una galería, salimos al exterior, debajo mismo del observatorio que están construyendo en una de las aristas del Mönch.

Bajamos unas suaves rampas heladas y cruzamos el glaciar hasta situarnos debajo de un espolón rocoso. Loladeamos por su izquierda y entramos seguidamente en largo y empinado repecho de nieve.

Al finalizar éste, seguimos por terreno más llano en dirección al collado que separa a la Jungfrau, ahora enfrente de nosotros, del pico helado a nuestra izquierda, el Rottalhorn (3.969 m.).

Salvamos una grieta, unos metros más y alcanzamos el collado de Rottal Sattel (3.886 m.), dando vista a la otra vertiente.

Viene el peor tramo de la ascensión; una rampa helada, de gran inclinación. Las recientes nevadas han formado una capa de nieve dura, de ocho o diez centímetros que, al pisar, se resquebraja en forma de lajas deslizándose por la pendiente. Debajo, los grampones muerden hielo vivo.

Debemos pasar con cuidado pues, abajo, el precipicio no nos mira con muy buena cara.

Ya casi arriba, la pendiente se suaviza. Unos pasos mixtos de roca y nieve y alcanzamos la hermosa cumbre de la Jungfrau. Son las 7,40.

Podemos gozar de unas vistas maravillosas. Cumbres y más cumbres desfilan ante nuestros ojos. Hacia el sur, sin embargo, el tiempo está tomando un cariz amenazador. Unas negras nubes avanzan hacia aquí, cubriendo con un siniestro celaje las montañas.

Hace mucho frío. Por ello, después de tomar unas diapositivas y contemplar nuevamente lo que nos rodea, como si en el último instante quisiéramos grabar en nuestras retinas toda la belleza de estos hermosos Alpes suizos, iniciamos el regreso.

CONCLUSION

Poco antes de llegar al refugio, la niebla empieza a invadir la montaña. El cambio de tiempo es inminente.

Efectivamente. Después de bajar a Grindelwald (15,00), el tiempo es idéntico al de nuestra llegada.

Empieza a llover.

Un agradable recuerdo nos acompaña, estamos contentos. La ascensión a la Jungfrau entra a formar parte como una de las más gratas realizadas por mí hasta la fecha.

Mañana partiremos de estos lugares, pero su recuerdo será el sople que aviva la llama de la ilusión, dándonos fuerzas para volver de nuevo a estos maravillosos Alpes suizos, que tan hondo han calado en nosotros.

RECUERDO DE TORRE CERREDO

POR PABLO BILBAO ARISTEGUI

La vez primera que vi de cerca los Picos de Europa fue desde el aire, el 17 de julio de 1950. Iba yo a la «Ciudad del Apóstol» en el mismo avión y viaje que inauguraba la línea Bilbao-Santiago de Compostela. El tiempo, espléndido, me recordaba la certera imagen de Juan Ramón: «...la tarde de estío, con su tristeza de plenitud.» Volábamos a 2.400 m. de altura, bordeando el Macizo Central.

Los Picos de Europa emergían sobre un mar estático y compacto de nubes cándidas, y el piloto nos regalaba —recreándose en la suerte— con la contemplación inesperada de aquella belleza. Por entonces, yo me dedicaba más a la natación que a otro deporte. Nadie me habría vaticinado que, años después, ya cuarentón corrido, iría a trepar los riscos que, vistos desde el avión, parecían desafiarnos con la majestad de lo inaccesible.

El primer contacto fecundo con los Picos fue en agosto de 1961. Acompañado de Juan M.^a Lechosa, hoy sacerdote, subí a Peña Vieja y al Tesorero, y, con él y «Camachín» al Llambrión. La experiencia resultó muy sabrosa y dejó en mi ánimo el anhelo de repetirla. Supe que Torre Cerredo era el techo de los Picos de Europa. Lo había avizorado desde el Llambrión. ¿Por qué ejercería fascinación especial sobre mí?

En julio de 1962 estuve en los Pirineos y subí al Pico del Infierno, Mercadau y Las Argualas. Al siguiente año, mi objetivo era el Aneto, pero, cuando ya tenía mi reserva en «La Renclusa», sobrevino la tromba de agua que anegó y aisló el valle de Benasque. Desistí de mi proyecto y pensé en volver a los Picos de Europa. Con el tiempo ya algo justo, empecé los preparativos. Lo primero, cerciorarme de que habría sitio para quien conmigo viniera y para mí en el Refugio de Aliva. Lo segundo, de mayor monta, contar con «Camachín», el extraordinario guía. Mi propósito, muy firme, era subir esta vez a Torre Cerredo. Avisé para que me acompañase a Alfredo López Martín, seminarista de Pobeña, excelente montañero.

Salimos de Bilbao el 19 de agosto por la mañana. Después de unas horas en Santander, llegábamos por la tarde a Potes. Aquí, mi buen amigo José Jesús del Arenal —gran enamorado de los Picos y no menos gran pescador de salmones— me volvió a sugerir que, para la subida al Cerredo, sería forzoso hacer noche en Cabaña Verónica, refugio que vi montar en agosto de 1961. Mi idea, aun a trueque de abrir el compás, seguía siendo Aliva como punto de arranque. La última palabra, era obligado, la tendría «Camachín», que ya nos estaba esperando a nuestra llegada a Espinama. Ante la manifestación de mi propósito frunció el gesto. Hacía nueve años ya que no subía al Cerredo, y este mismo

verano, de modo poco versallesco, les había dicho a unos franceses que él no se quería comprometer a guiarlos al techo de los Picos. «En fin, ya veremos... si hay que subir, se sube». «No digas eso —le replicaba yo—, iremos si a ti te parece, no hay por qué forzar la tuerca». Después de un rato de agradable charla en la cocina de su casa, dejamos a «Camachín». A las diez de la noche, Alfredo y yo recalábamos en el Refugio de Aliva.

El primer día, 20, resultó inhábil, lo perdimos por la niebla. Desde luego, quien vaya a los Picos de Europa debe hacerse a la idea de cruzarse de brazos y desistir de escaladas cuando menos se cate, porque la niebla así lo impone. En mi anterior visita a los Picos, de seis días se nos frustraron tres.

El 21 salió con tiempo magno, de sol y brisa. Con «Camachín» y Alfredo fui a Collado Hermoso. Preciosa excursión, carente de riesgo. A la vuelta subimos a La Padiorna (2.341 m.), con la mayor facilidad y el premio de una limpiísima visión desde la cumbre.

Siguió el tiempo muy bueno el 22, y no había que desaprovecharlo. Subimos a Pico Cortés (2.363 m.), el primero del Macizo Oriental. Por la tarde, ya de vuelta en el refugio, «Camachín» nos espetó: «Mañana, descanso, y, al otro día... ¡al Cerredo!». Esta decisión, por sí sola, parecía ya colmar mi anhelo.

El 23 fue, efectivamente, de descanso y preparativos. Cielo de nubes. Salí, por la mañana, con Alfredo a bañarnos a Los Pozos. Extraña y sugestiva impresión la de nadar a aquella altura, frente a la espalda de Peña Vieja, que ya había yo experimentado en la ocasión precedente. Lo malo vino por la tarde. A las seis, la niebla se adueñó de todo. La duda nos atenazaba: ¿y si mañana sigue así? A la hora de acostarnos, la niebla no podía ya ser más cerrada...

A las cinco de la mañana me levanté y comprobé con gozo que la niebla se había ido por completo. Empezaba a alborecer. La mole de Pico Cortés aparecía negra, disforme. Peña Vieja, por contraste, se iba coloreando mágicamente con los más diversos matices. ¡Maravilloso e inolvidable espectáculo, minuto a minuto, el de la amanecida en Aliva!

Hubo tiempo para todo. Para que yo celebrara con sosiego la Santa Misa, para ultimar los preparativos y esperar a «Camachín», que tenía que subir de Espinama. ¿Y si en Espinama seguía la niebla y «Camachín» nos dejaba en la estacada? Nueva zozobra. Al fin, «Camachín» vino a buscarnos, caballero en un «jeep».

A las ocho de la mañana salimos del refugio con rumbo a Torre Cerredo. ¡Incomparable momento el de la «salida» en la alta montaña! Quien lo haya gustado sabe muy bien la inefable sensación que implica de gozo, de liberación de lastres y anhelo de aventura... ¡Son recias las horas que nos esperan!

El día era radiante y nuestro itinerario fue el siguiente: por la Horcadina de Covarrobles hasta la bifurcación de Cabaña Verónica; doblamos los Horcados Rojos; de allí bajamos al Hoyo y Garganta de los Boches, saliendo por la gargantada al Jou sin Tierre; subimos desde aquí a la Horcada de San Carlos y entramos faldeando el Hoyo del Cerredo.

La marcha fue buena y no sufrimos el menor contratiempo. A veces, la nieve estaba más dura que lo deseable. Otras, por evitarla, bordeábamos los neveros y teníamos que saltar las grietas o «rimayas» cuando se nos interponía algún peñasco. De la nieve a la roca, de la roca a la nieve, tema sin variaciones. Lo único que «Camachín» temía era el fantasma de la niebla.



Vista parcial del Macizo Central desde Peña Vieja, destacándose al centro Torre Cerredo.

(Foto J. San Martín)

Nos aliviaba la andadura lo que yo llamo «cóctel Picos de Europa». La fórmula es bien simple: póngase en el cuenco de la mano izquierda un trozo de nieve limpia, no tomada de la superficie; sobre la nieve, viértase del tubo un churrote de leche condensada. Sírvasse de la mano a la boca. El efecto de reanimación es inmediato.

Ya llegábamos al pie de la pirámide del Cerredo. La subida, sin cuerdas, no nos resultó fácil. A medida que íbamos ascendiendo, las «llambrias» acentuaban su parentesco con la vertical. Tanteo de vías. «Por aquí no se puede». «Por aquí tampoco». Silencio. Cielo azul, glorioso. Vamos subiendo, pegados como lapas a la roca, porque los agarres y resaltes son reducidos. El peligro exige máxima tensión de atención y esfuerzo. Y a la tensión extremada se une el miedo, sí, el miedo. «Desgraciado de ti si en la alta montaña desconoces el miedo, eso querrá decir que eres un inconsciente», escribió Bonatti.

Cada uno de nosotros, en los minutos que corresponden a los tramos postremos, va a su aire, abandonado a su suerte. Hay un momento en que el inmenso silencio se quiebra. Alfredo va por encima de mí, «Camachín» a mi izquierda, a pocos metros. Oigo la voz de «Camachín», que me dice con inequívoco dejo de angustia: «¡Agárrese bien, don Pablo, agárrese bien, que si se cae aquí se mata...!»

A las dos de la tarde pisamos la cima de Torre Cerredo (2.648 m.). Habíamos empleado seis horas desde el refugio. «Se marcha con los músculos, se llega con los nervios», como acertadamente escribió Tissie. La cumbre del Cerredo es muy reducida de espacio. Desde ella se aprecian —y de qué modo— las «vertiginosas llambrias» que la circundan, según tenía leído en la revista «Peñalara». La vista era inenarrable por lo diáfana. Si no media España, sí se contemplaba un trozo extensísimo, maravilloso,

Torre Cerredo no recibe muchas visitas. En todo lo que iba de año, lo verificamos en el buzón y registro, antes que nosotros sólo subió otro grupo, del Llaranes de Avilés, el 26 de julio. Y el 16 de septiembre recogerían nuestra tarjeta cuatro montañeros de Mieres.

Muy poco tiempo hicimos en la cumbre, casi el justo para rezar un padre-nuestro y cantar la salve. «Camachín» temía la niebla, y eso que sólo muy lejos, lejísimos, se divisaban unos vellones de nubes, muy bajos y pegados a la costa asturiana. Bajamos por la misma vía, con no menos esfuerzo, precaución y temores que a la subida. ¡El toro podía cogernos al menor desliz! Cuando llegamos de nuevo al Hoyo del Cerredo, sanos y salvos, ya pudimos cantar victoria.

El alto para comer fue en la Horcada de San Carlos. Al llegar a la garganta del Jou sin Tierra nos encontramos con Alfonso Martínez, guía del Naranjo, y dos jóvenes, todos ellos, al igual que «Camachín», guardas del coto. Alfonso Martínez nos preguntó por dónde habíamos subido al Cerredo: «Llevando la VN hay que pasar por una cuevina».

Desde la garganta de los Boches, el itinerario de vuelta ya fue distinto, porque nos desviamos al collado de Santa Ana. Aquí me caí en un nevero y arrastré conmigo a «Camachín», afortunadamente sin consecuencias para ambos. En principio, pensamos atajar por la mina para volver a Aliva, pero temimos que se nos hiciera de noche. Del collado de Santa Ana seguimos hasta tomar el camino de descenso de Peña Vieja, desde donde salimos a La Vueltona.

A las nueve de la noche entrábamos de vuelta, incólumes, en el refugio de Aliva. Habíamos salido a las ocho de la mañana. Seis horas de ida, siete de regreso. Gracias a Dios y al valimiento de Pío XI, el gran alpinista, nuestro objetivo estaba ya cumplido, sin el menor contratiempo ni quebranto.

Cuando pongo en limpio estos mis apuntes ya han pasado tres años y he subido a más «tres miles» pirenaicos, los últimos el Balaitus y el Monte Perdido. Sin embargo, el recuerdo del Cerredo y su emocionante escalada se mantiene enhiesto, como él mismo. ¿En qué residirá el secreto de ese especial embrujo?

A veces, desde mi retiro del Seminario de Derio, «cuando contemplo el cielo de innumerables luces adornado», suelo pensar: ...estas estrellas y su variado cromatismo ¿no se verán con otro fulgor y cercanía desde la atalaya del Cerredo? Y, entonces, al conjuro del recuerdo, no es sólo la fantasía la que cabalga, porque también galopa el corazón.

Las riquezas artísticas de Laguardia (Alaba)

POR NESTOR DE GOICOECHEA Y ARALUZE

Fundada Laguardia, según tradición, sobre la antigua Biaizteri, a la altura de 603 metros sobre el nivel del mar, fue su primitivo origen una fortaleza construida en un cerro, plaza avanzada de Nabarra. Parece ser que Sancho Abarka, que vivió en el primer cuarto del siglo X, fue su creador, y más tarde, Sancho el Sabio, la aumentó, dándola fuero de población.

Existen en esta villa dos iglesias parroquiales, cuya consideración artística merece nuestra atención. Las construcciones llevadas a cabo en ambas iglesias, durante el siglo XVI, época de las transformaciones originadas en la misma, explicarían los cambios de gusto originados en aquellos años, corresponden a la modalidad tan abundante en todo el País Vasco, ha dado origen a la denominación admitida ya en la Historia del Arte, de gótico vasco.

Uno y dos siglos más tarde, se introducen en esas iglesias fantasías del barroco, que tanto indignan a intelectuales del arte. Maestros diversos intervinieron en el adorno de su fábrica: Baskardo, nabarro de Biana, los quipuzcoanos Arizmendi e Iralzu y el vizcaíno Arbaiza.

SANTA MARIA DE LAGUARDIA

Una impresión agradable recibirá el viajero que por carretera se dirige de Vitoria a los llanos de la Rioja Alabesa. Camino entre montañas grandiosas, cuyas moles se alzan hacia el cielo, atravesando fértiles vegas plantadas de vides y trigales.

Antes de entrar en Haro, se toma a la izquierda del Ebro el camino que conduce a Labastida, se atraviesa sin entrar en la población y a su salida se puede contemplar ya la vista soberbia que presenta la villa amurallada de Laguardia. Ahora más bien, el viaje majestuoso es el que atravesando el Condado de Treviño, hueso burgalés en tierra alavesa, es el que pasando Peñacerrada, asciende al Puerto de su nombre, para desde su cumbre admirar una de las mejores vistas de nuestros recuerdos. Hasta llegar a este lugar una naturaleza alegre y colorida, montañas pobladas de ricas selvas, pueblecitos, entre campos ideales, en torno de iglesias que conservan aun su primitivo arte románico, cautiva la atención. Al llegar a la cima, vemos en la llanura el río que serpentea para regar las fértiles vegas. Bajamos con precaución y entramos en la villa de los muros y torres viejas.

Dejemos para otra ocasión el pueblo. Hoy nos interesa el arte de sus iglesias. Nos dirigimos a la principal.

En Laguardia, como en todas las ciudades amuralladas, sus calles son estrechas. No hay espacio para poder contemplar, en todo su esplendor la figura esbelta de su edificio. Penetramos en la iglesia, y admiramos una construcción románica de la que no imaginamos hallar.

El primer cuerpo correspondió a una primitiva construcción románica que puede atribuirse al siglo XI. Más tarde, seguramente a principios del siglo XIII se reconstruyó. A veinte metros de distancia de los pies de la iglesia se levanta, construida sin duda en la misma fecha. Es un precioso ejemplar de torre que por su estructura y aislamiento es un caso raro.

El aislamiento se debe a que la torre forma parte de la fortificación de la ciudadela. Por eso carece de huecos en su primera y segunda fase, aunque unas ventanucas dan luz al sótano de la planta. Más arriba aparece la decoración.

Aunque la diversidad de arte que encierra esta iglesia, predispone a un estudio bien documentado, sólo nos permitimos someramente hacer una descripción general que permita dar una idea de su grandiosa magnitud.

La disposición del templo primitivo fue distinto del actual. Las obras del siglo XIII no fueron las últimas. En el XIV se planteó una iglesia gótica de tres naves, aprovechándose muy poco de la anterior.

Lo que verdaderamente llama la atención es su puerta principal, verdadero tesoro arqueológico, digno de una catedral. Parece ser del gótico de la última etapa de este siglo. Multitud de estatuas decoran sus cinco archivoltas: ángeles mágicos que celebran el triunfo de la Virgen; profetas que anuncian hechos venideros: Reyes celestiales que en nada se parecen a los terrestres; apóstoles en tamaño natural; figuras como pedía el estilo espiritual e idealista de la época, labradas con primor, expresión y justeza tan natural que recuerdan a las mejores estatuas de los maestros de la época.

Los siglos venideros han dejado huella de su época en las nuevas restauraciones. El crucero, es obra del siglo XVI, donde puede darse por acabado el arte gótico. El ábside es poligonal al exterior, el tramo recto del presbiterio está cerrado con bóveda.

La iglesia posee magníficos altares. Uno de ellos es casi gemelo de los notabilísimos de Briones y Fuenmayor. Todos ellos son obras de los grandes maestros que hemos citado anteriormente: el navarro Juan Baskardo y los guipuzcoanos de Lizurnil, Juan de Arizmendi y Juan de Iralzu. El primero de ellos fue a la vez escultor y arquitecto.

A los lados del crucero, existen dos capillas de poco fondo y bóvedas de crucería. En una de ellas la mesa del altar está compuesta de una gran losa dedicada a un ilustre patricio del pueblo.

Gran número de pormenores convidan a los amantes del arte a visitar este monumento: dos grandes ventanas góticas; una hermosa pila bautismal; la ancha y majestuosa escalera que conduce al coro, decorado con una sillería de nogal; bóvedas de crucería, estrelladas. En fin, el arte que contiene este templo, obliga a permanecer en él el tiempo que no disponemos por azares de la vida.

SAN JUAN BAUTISTA

Esta iglesia merece también nuestra atención. Por la calle Mayor abajo, estrecha y larga, entre muros de sillería de casonas solariegas, que si no pertenecen a palacios, tienen la grandeza de mansiones nobles, vamos a conocer otro monumento que las generaciones pasadas levantaron, sintiendo la belleza del arte y sin ser egoístas y utilitarios. La mayor parte de estas fachadas son del Renacimiento.

Al final de la calle y tropezando con el hermoso palacio de Samaniago, contemplaremos la iglesia de San Juan. Inmensa mole, grandiosa que no presentando en su exterior el encanto del arte, el interior guarda una agradable sorpresa.

Ha habido en ella tres obras de importancia en tres épocas distintas. La primera en la transición del románico al gótico, o sea a fines del siglo XII; otra ojival en el siglo XIV y la tercera del siglo XVIII.

Poco queda de la primera época. El tiempo no perdura y hace su labor de destrucción, que obliga a reponer con distinto arte, según el gusto de la época y la creación de nuevos estilos.

La planta de San Juan es de cruz latina, con tres ábsides, uno correspondiente a la nave central y los otros dos a las naves menores que desembocan en el crucero. Los apoyos que sostienen las tres naves son de planta cuadrada con gruesas columnas. Los arcos son apuntados. Después de abiertos en los muros los arcos que dan entrada a la capilla del baptisterio, se resintió la obra y hubo que reforzar la parte sensible.

La decoración del templo es grave y sencilla en sus adornos. Sin embargo la de los arcos del coro, debido sin duda a ser de época posterior a la obra del templo, presenta mayor riqueza artística.

Aunque la planta general gótica permanezca en pie, sufrió sin embargo en el ábside central, durante el siglo XVII, una transformación. Era la época del churriguerismo y por lo tanto dejó huella de su paso por este templo.

Se acabaron las reformas interiores, pero se adosó a los pies de la iglesia la suntuosa capilla de la Virgen del Pilar. Al exterior nada tiene de particular, su planta octogonal tiene 11,90 metros de diámetro. Dentro de su recinto se eleva una cúpula espaciosa y el conjunto de las líneas y decoración de la capilla, resulta muy agradable.

La gran decadencia artística de aquella época, fue causa del poco valor artístico de las esculturas que le adornan.

Cada maestro, cada artista, ha puesto siempre especial empeño en crear una escuela original, que no habían de coincidir con la de sus maestros. En los estilos todos los elementos decorativos se agotan y dejan lugar a otros nuevos que por desgracia no mejoran los anteriores. Sin embargo, hay que reconocer que siempre ha habido buenos y geniales artistas que si no han triunfado en su época, la posteridad ha sabido aquilatar sus meritos creaciones otorgándoles su bien ganado premio que no han podido saborearlo en vida.

Sólo nos resta recomendar a todo admirador del arte no desperdicie la ocasión de visitar las joyas que encierra, amén de un agradable viaje, la villa de Laguardia que desde su altura vigila celosa la tierra de la Rioja Alavesa.

EL TORCAL DE ANTEQUERA

POR JUAN DE PAGOETA

Hacia mucho tiempo que no bajaba por los locales de mi sociedad y, claro, como no debo ser el único que hace esto, en el pequeño local apenas hay gente. En una mesa dos chavales examinando un mapa catastral y en otra tres directivos tratando de sus cosas.

Estaban hablando de la lotería, que este año no van a poder vender, pero enseguida lo dejan para mostrarme una carta que han recibido. Es de un abogado madrileño que realizó en el mes de septiembre una excursión por la sierra del Torcal en Antequera (Málaga), en compañía de uno de nuestros socios, Francisco González, y que quiere así testimoniar su admiración hacia la sociedad y hacia este hombre de 70 años que según él «honra no sólo nuestro noble deporte, sino también las virtudes de los hombres vascos». Dice que gracias a él alcanzó la cumbre del Mirador de Antequera de 1.600 m. y cómo al día siguiente se adentró sólo en la sierra para realiza un recorrido de más de 10 horas.

No he acabado de leer la carta cuando aparece por la puerta el citado Paco, también conocido cariñosamente como «el abuelo». Enseguida le enseñan la carta que confirma sus correrías solitarias por Andalucía, de las cuales el único que parece ser que no estaba enterado era yo. Tras expresarle todos la satisfacción que sienten, le tomo aparte y le pido que me cuente algo de sus andanzas, mientras los demás se ponen a hablar de una reunión celebrada en la Federación Vizcaína.

Debido a que conoce casi todos los principales macizos de España y por una rara coincidencia, decidió ir a recorrer la sierra del Torcal, en el Sistema Penibético del cual ya conocía Sierra Nevada. Esta sierra del Torcal a pesar de no ser muy extensa es de sorprendente e inusitada belleza y fue declarada «lugar natural de interés nacional», y actualmente están construyendo un refugio con una carretera de 13 km., que lo une a Antequera, para abrirla así al turismo.

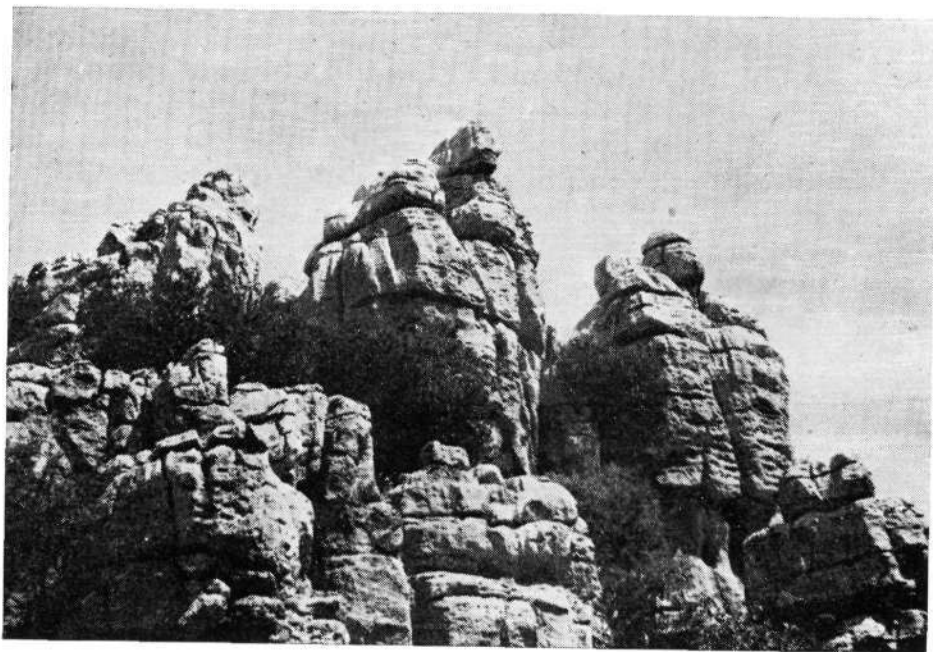
En medio de un paisaje con desfiladeros e intrincados vericuetos, bautizados con legendarios nombres, en que la erosión ha modelado arcos, bóvedas y fantásticas imitaciones de cosas y seres, la roca seca, agreste y salvaje contrasta con

la variada y brillante flora de yedra y espinos, amén de otras plantas raras que prestan un gran colorido y belleza al sorprendente panorama.

Me cuenta también, mientras veo las fotos que sacó, cómo en Antequera, en donde no recordaban que hubiera llegado nunca un montañero vasco, le dieron toda clase de facilidades y creyendo que se iba a perder en la fragosa sierra, como ya les había ocurrido a otros, le querían poner un guía a su disposición. Aquí conoció al madrileño, con quien realizó su primera excursión por la sierra. Este por lo que da a entender en las cartas, ya que escribió también a Paco, quedó admirado no sólo de las facultades y conocimientos del septuagenario, sino también de su profunda personalidad humana y religiosa, «sintiendo una honda satisfacción por haber sido un discípulo y testigo de su ejemplo». Otra muestra de esto último y de la confianza que le llegó a inspirar, es la siguiente frase de la carta que escribió a Paco: «En esa «ascesis» o ascensión que es nuestra vida, sólo las obras permanecen, le ruego pida porque, al final, ande sobrado de ellas, ya que tan falto ando de tantas otras cosas».

Ante la incredulidad de la gente, se adentró sólo en la sierra siguiendo los senderos que mejor le parecieron, a pesar de que existían dos recorridos marcados con flechas rojas uno de ellos y el otro con amarillas, llegando al Cortijo de las chimeneas en el extremo opuesto de la sierra donde fue muy bien recibido.

Un aspecto de la sierra del Torcal.



Como cosa curiosa me dice que durmió una de las noches en el refugio en construcción a unos 1.200 metros y por ser el primero en pernoctar allí, tuvo que hacerlo en el suelo, apartando algunos escombros, aunque todo fue compensado con una noche maravillosa de luna, que en aquellas latitudes hacía parecer que era de día.

A pesar de que me quiere contar algunas otras cosas, pues también anduvo por Torremolinos, parece que habrá que dejarlo para otro día, pues van a cerrar el local.

Nos despedimos hasta la semana que viene, en que prometo bajar de nuevo, pues me doy cuenta de que no sólo será interesante seguir hablando con Paco, sino que también es interesante lo que hablaban los directivos, pues me ha llegado algo de su conversación. Y es que, además, si los socios no nos interesamos por las cosas de la sociedad, esta nunca tendrá vida y he comprobado que asistiendo con cierta asiduidad a las reuniones, no sólo repercute en el bien del grupo, sino que al estar al corriente de los asuntos, actividades y problemas de la sociedad se robustece más nuestra afición al montañismo.

¡Sí! La semana próxima no faltaré.

NOTA

La Dirección de PYRENAICA ruega a todos sus suscriptores y lectores en general disculpen las deficiencias que puedan encontrar en los envíos a domicilio de estos primeros números de la Revista del año en curso.

Asimismo agradecerá cuantas sugerencias hagan a esta Redacción y Administración respecto a tales deficiencias, ya que en tanto se verifiquen los ficheros definitivos será fácil que se sucedan algunas repeticiones u omisiones en los envíos, así como posibles errores en las direcciones de los respectivos domicilios.

Desde estas líneas hacemos un llamamiento a todas las Sociedades y Clubs de Montaña que todavía tuviesen sin formalizar su suscripción, se apresuren a hacerlo.

GAYARRE ETA MENDIA

POR MATXIN LABAYEN

Gayarre, Euskaldun abeslari ospetsua mendian jaio zan, Erronkariko erritxo pollit batean, oraindik Euskera zaarra egiten zan denboran. Ez dago esan bearrik Erronkaritarrak euskaldunak izan diralarik eta Euskaldunak dirala orain ere.

Belagua aldean, Pirineo izugarri txit zuriak aurrean zituala gau eta egun, egunsenti ta illunabarretan, ezagatu zun gure Gayarre txikiak mendia eta bai ta ere maite— ardiak zaintzen ari zanian. Mendia ikusi eta ez maitatzia ezin liteke noski biotz ta bero pixkt balin ba degu. Ain eder, ain garbi, ain bakun, ain alaia da!

Guk ditugun griña goratsuenak, obeeneak, mendiakin alkartzen dira guk ala ez ustean— itxas eta zerua alkartzen diran bezela eguzkia eta lanbrua— zuaitz, arkaitz eta zelaia!

Zein dan zoragarria mendia! Ta ixtorioak ez ba digu esaten ere— alegia gure Gayarrek arkaitz— baso— ta mendi tartean ikasiko zitun abestuko zitun lenbi-ziko abestiak— Erronkariko Euskera itxian.

Gero ba diigu nola jarraitzen dun gure ipuiak. Munduak— mundu aundi ta zabalak Gayarren abotz arriagarria ezagutu zun ta bai ta ere bere magalean estutu— gorde— ama maitekor batek bere semetxo kutuna bezela. Ta dena eman zion, parra parra— naro naro— ugari ugari— urre, zillar— dizdir— ospe.

Bañan ala ere Gayarrek— bai Paris— Erroma, Buenos Aires, Londres, Milan, San Petersburgo'n, ez zuan aaztu bere Erronkari— Naparra (Euskalerriaren arreba zarra) ta bere gogoa, ametsetan euskaldun abesti kutsu goxoetan— Belagua— Añamendi— Euzkarre, Pirineo aldera ega egiten zun arin, arrano gazte bat bezela.

Munduako edertasun, arrokeri, dirdirak ez zun itxutu noski gure abeslaria ta beti beti denbora gelditzen zitzaionian, ara korrika biotza saltoka barruan, Erronkarira itzuli umezurtz ba litzake bezela bero pixka baten billa txitoak bere amarena bezela!

Munduak ez zuran il bere animan— bere dizdir soñu ta dunbotsakin Euskalerriaren maitasuna— mendian ikasi zuen umiltasun— bakuntasuna. Ta bere aideak laister ikusi zuten nolakoa zan bere biotza.



Baġan oraintxe dator aundiena. Gure Gayarrek ez zuan aaztu Euskera, ezta ukatu ere. Denbora zakar aietan— euskerarentzat denbora guztiak zakarrak— Euskaldun oso bat bezela jo zun beti lotsa, bildurtu gabe.

Mendiaren ikaskaia euskeraren maitasuna ondo ikasi zun. Izkuntza guztiak ederrak dira bai, baġa lenbizi geurea.

Euskera ez dakin otiġea naiz Euskalerrian jaio— ez da Euskalduna.

Arrigarria benetan. Gayarren bizitza!

Nolako bizitza, alako eriotza ta alako Illobia.

Illobi alai— apaiġa ederra Gayarrek merezi zuna!

Ta lekua ezin obeagoa— Pirineo aurrez aurre!

De Betsaide. . . para los que no llegaron

Por ELEUTERIO GAGO

¡Magnífico día el que nos ha regalado el caduco verano, en este 18 de septiembre!

Magnífico el día, de acuerdo con el magnífico lugar de todos tan conocido y de todos tan admirado y más hoy, en que el verdor de los pinos, ya crecidos, contrasta grandemente con el gris plateado de las moles rocosas, que guardan como centinelas el Monumento al Recuerdo de nuestros amigos fallecidos, en aras de una afición tan zarandeada por las críticas, que no la comprenden y menos aún, en estos días de materialismos sin límite; crítica a la que no debemos prestar oídos.

Después de ver año tras año, como los montañeros han acudido a la cita con sus Compañeros que hoy caminan por las Grandes Montañas del Cielo, cita a la que nunca han faltado ni por el mal tiempo, ni por la lluvia, ni por el frío, no nos ha extrañado ver tanta afluencia, empujada por un espléndido día de sol y de luz y que ha invitado a gran número de montañeros y aquí incluyo a los esforzados veteranos, a los maduros, a los jóvenes y a las montañeras y niños, que con su belleza y alegría, unida a la del paisaje incomparable, nos compensan de las fatigas que pudiera causar tan amena ascensión.

Todo ha sido esplendor y alegría, unida a la belleza del lugar, en consonancia con la luz del sol, hasta el momento en que el alegre sonido de la campana, nos ha llamado cuando el sacerdote estaba a punto de comenzar la Santa Misa.

¡El recogimiento y devoción de los asistentes a este templo natural es tan grande, que no puede ser descrito! Y más aún, al llegar el momento sublime de la consagración, que saludado por las notas del txistu, entonando el Agur Jaunak, en un dúo que suena a «casi celestial», calando tan profundamente en el alma montañera, que los sentidos y los ojos se llenan de emocionadas lágrimas. Luego, la comunión tomada con gran devoción por muchos asistentes, interrumpida un momento por la caída semi-inconsciente de un valeroso niño montañero, al que el sol hizo más daño, por estar en ayunas para recibir a Dios. Y por fin, la bendición del Señor.

A continuación, unas oraciones por el eterno descanso y un sentido recuerdo por los que están en la mente de todos, acabando así, el acto más hermoso y bello, que un montañero puede ofrecer por el amigo fallecido, al intentar coronar las cimas de nuestras montañas. ¡Qué mejor homenaje, que la oración y el recuerdo en la montaña misma!

Y vuelve a reinar la alegría, en este día de sol, en que el buen humor y la camaradería, estimulan los saludos y abrazos a amigos y conocidos, que año tras año, se encuentran en este día y que animan durante el resto de la jornada, los alrededores del Monumento a los montañeros que hicieron la Última Ascensión.

Como mejor he podido, he descrito la parte amable y simpática de lo que es un Día del Recuerdo y mi corazón se llena de alegría, al ver la nutrida concurrencia. Pero también le embarga la pena, al ver las grandes ausencias. ¡Muchos son los que han venido, pero a mi pobre entender, son muchos también los que han faltado!

Y mi pena se dirige, sin crítica, ¡eso sí!, pero en ligero reproche, en primer lugar, a los que en un día tan señalado, no pueden dejar de hacer sus escaladas, cuando de entre ellos, de ese grupo de atrevidos escogidos, se nutre el mayor número de los que llenan de luto nuestros Clubs y a los que muchos de sus compañeros, no son capaces de reservar en todo un año, un día, una oración y un recuerdo.

También con pena, he pensado en los que sin reflexionar en el día de hoy, organizan sus excursiones montaÑeras en otras direcciones, empujados por la indiferencia hacia sus compañeros desaparecidos, o a lo peor, guiados por un egoísta concurso, y para el que tienen otros 51 domingos en el año, en que las pueden realizar... sin cargos de su conciencia montaÑera.

O de aquellos otros, que aún siendo amantes de la MontaÑa, también les atraen otras aficiones y a las que conceden mayor interés que a esta cita anual de Betsaide.

Y dirijo mis lamentaciones a los indiferentes, a los no amigos de los actos religiosos y que no saben ver y diferenciar, lo que de amor humano y fraternal tiene para los montañeros, este Día del Recuerdo.

A todos los ausentes de este año, va dirigida mi reconvención. No es mi intención ofender a nadie con ella, sino simplemente, hacerles ver lo hermoso de un día de hermandad en la montaÑa con los amigos y... «con los que lo fueron».

Yo estoy seguro, de que los MontaÑeros del Club del Señor, han perdonado y justificado vuestra ausencia, pues Ellos lo comprenden todo. Y nosotros, los que hemos estado allí... ¡también os perdonamos!, pues esperamos que el próximo año, Dios mediante, nos veremos todos en Betsaide, llevando a nuestros amigos, con nuestra presencia, la oración y el homenaje que se merecen, en el Día del Recuerdo.

A JUAN JOSE ORMAECHEA

POR RUBEN LAS HAYAS

Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también Dios a los que durmieron en Jesús los llevará con El (1.ª es. 4, 14).

Amigo Juanjo: Aunque el dolor que sentí en los primeros momentos ante la noticia de tu muerte aún no ha desaparecido, mi espíritu se ha serenado y es por eso por lo que he cogido la pluma.

Aún presente tu maltrecho cuerpo entre nosotros y bajo la bóveda de tu iglesia, todos tus amigos pedimos a Dios por ti. Y fue entonces cuando pensando incesantemente en ti, te pedí que le rogaras a El por nosotros. Porque comprendí que tú ya no lo necesitabas, que tú estarías ya con El, que nunca olvida a los que le han amado.

Y yo sé, querido Juanjo, que tú le amaste, que nos quisiste a todos y que por eso te hiciste querer por todos.

Recuerda que fue nuestra común afición a la montaña lo que me deparó tu amistad. Y que ésta se fue robusteciendo gracias a tu nobleza, a tu sencillez, a tu manera de ser. ¿Te acuerdas cuando te tomábamos bromas porque siempre eras el último en prepararte con la mochila y las tomaduras de pelo llamándote «el chico de la canal de Trea»? Nunca te enfadabas.

Recuerdo que fuistes tú el primero en animarme a escribir y a trabajar por el montañismo. Y como siempre tú me distes el ejemplo. Tu labor como Secretario de la Federación Vizcaína, fue constante, eficaz y sobre todo callada. Lo mismo escribías, que venías personalmente por nuestros Clubs, como vendías entradas en la taquilla cuando nos visitaban Rébuffat, Terray y tantos otros.

En fin, siempre te recordaré con tu anorak negro acercándote a comulgar. Por eso te decía al principio, que ahora que ya mi espíritu se ha serenado no estoy triste, porque sé que tú estás contento y porque sé que te tenemos a ti para ayudarnos a no perdernos por los caminos de nuestras vidas.

Bueno Juanjo, cualquier día nos reuniremos todos tus amigos para dedicarte un recuerdo en una de esas cumbres que tú tan bien conoces. Y como todos sabemos que los designios de Dios son inescrutables, que cualquier día nos podemos reunir contigo, por eso sólo te digo, ahora que para ti no cuenta el tiempo, hasta pronto.

ANTONIO TRUEBA (1819-1889)

LA ORACION (*)

I

Se acerca el sol al ocaso
y yo con el alma inquieta
las colinas de Mendieta
traspongo con lento paso.
Y subo, y subo y al fin
gano más altas colinas
y huella las santas ruinas
del templo de San Martín.
Y aquí me paro un momento
y por natural instinto,
rezó y lloro y canto y pinto
lo que veo y lo que siento.
Que la sublime belleza
del sol tocando a occidente,
dice al alma del creyente
«canta y pinta y llora y reza».

II

El sol se hundió tras los montes
que cual faja de verdura,
circuyendo la llanura
limitan los horizontes.
Y todo en tierra y en mar
ejerce en mí dulce imperio
bañado por el misterio
de la luz crepuscular.
Mas ya con sus vibraciones,
«¡reza!» una campana dice,
¡y es la del templo en que hice
mis primeras oraciones!
¡Silencio y al mundo vano
olvida, alma mía inquieta,
que ante Dios... calla el poeta
y se arrodilla el cristiano!

(*) Estos versos los compuso un anochecer en una colina que se alza en medio de la llanura principal del concejo de Sopuerta. En esta colina estaban las ruinas de una iglesia que ya existía en el siglo XII y que fue demolida en el siglo XVIII para construirse en la llanura donde habían ido descendiendo los principales caseríos del concejo, con motivo de haberse trasladado a la parte baja la calzada que antiguamente iba por las alturas y singularmente donde se alzaba la iglesia monasterial de San Martín. Cerca de esta colina está el barriecillo de Santaguada donde se crió el poeta.

AL ANOCHECER

*La luna se levanta
tras las lejanas cúspides,
y cual conciencia santa
serena está la atmósfera
sereno el mar indómito,
sereno el cielo azul...
¡Señor!, cuando en la calma
solemne del crepúsculo
te busca ansiosa el alma
de los mortales míseros,
¡qué desdichados fuéramos
si no existieras tú!*

ENCARGOS DE ALDEA

*Río Arnáuri, río Arnáuri
que corres al manso Nerva
desde Gorbea y Altube
saltando de peña en peña;
río Arnáuri, río Arnáuri,
párate en la anciana Areta
y besa los pies a Ochanda
la de las doradas trenzas;
desde la blanca Algorta
hasta Orduña la morena
es la doncella más linda
y más pura y más discreta.*

DESDE LOS MONTES

(FRAGMENTO)

*Antón el de los cantares
sube al pico de Mañaria
y vuelto hacia las fecundas
vegas calagurritanas,
os ve con el pensamiento
y os saluda con el alma.
Vuestra fraternal epístola
rica en ternura y gracia,
trájome a estos peñascales
el paladín entusiasta
de la libertad vascona*

*y la religión cristiana,
y prorrumpí en bendiciones
a mi española guitarra
cuyas armonías vibran
en tan generosas almas.
Nuevas queréis de mi vida
y me apresuro a enviaroslas
desde estos montes excelsos
que amo porque son mi patria
y la fortaleza invicta
de la libertad cantábrica*

NOTICIARIO

A PROPOSITO DE LA DIRECTISIMA A LA PARED NORTE DEL EIGER

Ya dimos cuenta en nuestros dos números anteriores de la ascensión al Eiger por la «directísima» empleando los mismos métodos que en el Himalaya.

Este hecho ha dado lugar a numerosas críticas y comentarios en todos los medios montañosos. Se ha dicho que como el método usado en el Himalaya tiende a proteger el organismo del enrarecimiento del aire y este peligro no existe en el Eiger que no llega a los 4.000 m. no es admisible su empleo. En fin, se han expuesto muchas razones, casi todas en torno a la pregunta de si eso es alpinismo.

Como un resumen vamos a exponer las opiniones de tres grandes montañeros, Riccardo Cassin, Gastón Rébuffat y Anderl Heckmair, vencedor de la primera ascensión a la norte del Eiger en 1938. Estos tres en compañía de otros muchos como Georges Livanos, René Desmaison, Michel Darbellay, Yvette y Michel Vaucher, Toni Hiebeler, Cesari Maestri, Armando Aste, etc., se reunieron para conmemorar el 20 aniversario de la fundación del famoso grupo de alpinistas «i Ragni della Grignetta» (las arañas de la Grignetta) y en esta reunión se organizó un debate sobre dicho tema.

Anderl Heckmair, cree que se han

sobrepasado los límites de la mecanización, que el sobreequipar una pared suprime el lado audaz y que en resumen no es alpinismo puro.

Gastón Rébuffat recordó que en todo hay una justa medida a observar y que el arte de escalar es una cuestión de estilo y de elegancia. Hay manera y manera de acercarse a la montaña para encontrar ese misterio que existía en tiempos de Heckmair y Cassin y que ahora falta. En el curso de esa expedición al Eiger se ha rebasado la medida.

Sin embargo, Riccardo Cassin se muestra muy comprensivo hacia los jóvenes alpinistas. Aún admitiendo que estos jóvenes buscaban la novedad, recuerda que él también fue muy criticado cuando utilizó las primeras clavijas y estribos. Además, se pregunta, ¿no son medios artificiales las clavijas, cuerdas y piolets? Acabó declarando que era difícil fijar un límite en la evolución técnica del alpinismo.

ASCENSION A LA NORTE DE LA DENT BLANCHE

En el mes de julio la pareja ginebrina Yvette y Michel Vaucher, abrieron una vía directísima en la cara norte de la Dent Blanche (3.531 m.) que en los últimos años había sido objeto de numerosas tentativas,

Como el tiempo fue malo necesitaron hacer dos vivacs, el segundo de ellos a 200 m. de la cima, en un espacio de 80 x 30 cm. tallado sobre el hielo. Los dos alpinistas sufrieron graves y dolorosas congelaciones en los pies.

DOS ACCIDENTES EL MISMO DIA

El día 2 de octubre la montaña se cobró dos nuevas víctimas. La primera fue Vicente Martínez Sánchez, un lo-grañés de 17 años, que con dos compañeros intentaban alcanzar la cima del San Lorenzo. Parece ser que al poner el pie en una piedra, ésta resbaló, cayendo él al fondo de un barranco de doce metros.

La segunda fue el santanderino José Ramón Blasco, que en el Castro Valnera, tuvo la desgracia de caer desde una altura de 300 m.

Esperemos que todos estos accidentes nos hagan reflexionar y extremar nuestra prudencia para reducir al mínimo su número.

TRAGICO VERANO EN LOS ALPES

De trágico podemos calificar el mes de agosto en el macizo del Mont Blanc, debido a las numerosas muertes producidas por las tormentas que azotaron esta zona.

Los equipos de salvamento, que han trabajado denodadamente dando a veces bellos ejemplos de heroísmo y valor, daban el siguiente parte, dos días después de la repentina y violenta tormenta levantada el día 3: Vía Major: Dos franceses muertos y otros dos salvados. Mont-Blanc: Un inglés muerto. Aiguille de Sausurre: Un inglés muerto. Dru: Dos ingleses perdidos. Aiguille Verte: Dos austríacos y dos franceses recuperados sanos y salvos y otros dos

franceses perdidos. Grandes Jorasses: Sin noticias de dos japoneses.

La semana siguiente las tormentas volvieron a sorprender a muchos y así en la ascensión al Diente del Gigante perdió la vida un austríaco y en la cima del Creux Noir (Albertville), tres montañeros de edades entre 16 y 20 años resultaron muertos por un rayo y otros dos gravemente heridos.

Durante estos mismos días se produjeron otros accidentes, como por ejemplo en el Cervino en donde murieron dos jóvenes americanos de una base militar en Alemania y tres austríacos, uno de los cuales realizaba la ascensión en solitario.

Por otra parte y como hemos apuntado al principio las muestras de compañerismo y hermandad entre los montañeros han estado a la orden del día. Así a final de mes en que hubo que socorrer a dos alemanes que llevaban atrapados en la pared del Dru ocho días, en unas condiciones muy precarias, salieron en su auxilio más de 50 alpinistas, uno de los cuales tuvo un accidente y perdió la vida.

Este rescate cuyo principal protagonista fue el americano de 24 años Gary Hemming, que alcanzó a reunirse con ellos, fue televisado en directo para toda Francia. En una entrevista este muchacho dijo modestamente: «Yo he sido uno más, no he hecho nada, han sido mis compañeros quienes han hecho todo el trabajo». Y refiriéndose después al helicóptero que había tomado las imágenes a casi 25 metros de ellos, dijo: «La montaña está muy bien, sobre todo cuando no hay helicópteros. Eso nos deja sordos y con el fracaso es insoportable».

A pesar de todas estas noticias que nos fueron llegando con escalofriante regularidad, nuestros montañeros no se amilanaron y fueron varios grupos los que partieron para dicha zona. Desta-

caremos solamente entre ellos, a los seleccionados para la expedición vasconavarra a los Andes y a un grupo de nueve personas que al frente de Seve Peña alcanzaron la cumbre del Mont Blanc. En este grupo iban además de tres muchachas bilbainas, el chaval de 67 años José Letamendi.

LOS ACCIDENTES DE MONTAÑA EN CONSTANTE AUMENTO

Con este título el boletín del Club Alpino Suizo del mes de septiembre comenta estos accidentes y dice que aunque el mal tiempo ha sido la principal causa, no hay duda de que más de una víctima lo ha sido por no tener la preparación necesaria, el equipo adecuado o haber sobreestimado sus fuerzas.

Según Pierre Henry en «La Montagne et alpinisme», «los accidentes producidos al frecuentar la montaña y expresados por 10.000 jornada/alpinistas, muestran un continuo aumento del número de accidentes: 5,2 en 1962 y 1963; 5,5 en 1964; 6,9 en 1965. Está, pues, probado que el número de accidentes crece más rápidamente que el de alpinistas practicando ascensiones».

Añade, y nunca nos debemos de cansar de repetirlo, que el principal factor de los accidentes es la imprudencia en sus diversas formas. Así en terreno considerado fácil, hacer rodar piedras, deslizarse por los neveros, coger atajos en terreno desconocido, falta de orientación o usar mal calzado. En terreno difícil, subestimar la dificultad, sobreestimar sus propias fuerzas y conocimientos, técnica, equipo y material inadecuado, no tomar guía, no llevar víveres y ropas necesarias pudiendo existir la posibilidad de un retraso o de un vivac, o práctica insuficiente del material que mal empleado es más peligroso que si no se utiliza.

También señala, debido a la probada eficacia de los Socorros de montaña, la pasividad de algunos que enseguida piensan que ya irán a buscarles.

HA MUERTO

«EL PILOTO DE LOS GLACIARES»

El conocido piloto suizo Hermann Geiger, ha muerto al estrellarse su avión contra un planeador que aterrizaba en aquel momento en el aeropuerto de Sión (Suiza).

Tenía 50 años y a bordo de su avioneta con patines o de su helicóptero había realizado 35.000 aterrizajes en alta montaña, siendo el pionero de los aterrizajes sobre glaciares de los cuales había realizado 10.000. Nunca había tenido el menor accidente.

Fue un verdadero «San Bernardo de la montaña» que nunca dudó en poner su habilidad, su audacia y sus conocimientos de vuelo en montaña, cuando alguien en peligro lo necesitaba. Había realizado más de 4.000 salvamentos de montañeros en apuros y como labor menos espectacular y más callada realizaba el habituallamiento de los refugios de alta montaña.

Entre las muchas condecoraciones que poseía, guardaba con especial orgullo la de la Orden de San Gregorio el Magno, concedida por el Papa Juan XXIII por el salvamento de 300 alpinistas italianos.

BODA DE ALTURA

Una boda sin precedentes se ha celebrado en el norte de Italia, cerca de la localidad de Saluzzo. Los novios, María Rinualdo y Bernardo Clemente, dieron el «sí» delante de una cruz de hierro, en la cumbre del pico Monvico de 4.500 metros.

A pesar de que muchos invitados «excusaron» su asistencia, un reducido grupo aceptó encantado y así en compañía del sacerdote y de los novios, efectuaron la escalada que duró cinco horas.

Tras la ceremonia se abrieron botellas de champagne y se brindó en todo lo alto. Después los nuevos cónyuges se despidieron de los invitados y dieron comienzo a su luna de miel que consistió en una semana de duras ascensiones por aquella zona.

EXPEDICION AL ACONCAGUA

Una expedición científica germano-argentina escalará el Aconcagua el mes de enero, para realizar pruebas fisiológicas de altura. La misión está patrocinada por el Ejército de la República Federal Alemana y por la Universidad de Berlín Occidental. Formarán el grupo

seis personas encabezadas por Hans y Elizabeth Albretcht.

Una expedición alemana realizó en enero de 1965 experiencias similares con un equipo de 50 hombres y 100 mulas.

SALVAJADA EN GORBEA

La imagen de Nuestra Señora de Be-goña que en la primavera de 1953 fue colocada en la cumbre de Gorbea, bajo la cruz, ha sido decapitada en la figura de la Madre y del Hijo. Algún salvaje, amparándose en la soledad que los montes deparan, fue destrozando la imagen a golpes de piedra.

El desgraciado suceso no tiene justificación posible. Sólo nos queda lamentar el hecho, obra de alguno de esos degenerados sin civilizar que de tarde en tarde suben a nuestros montes a dejar su huella.

zeruko **ARGIA**

SEMANARIO EN LENGUA VASCA

EUSKAL ASTEROKO BAKARRA

OGUENDO, 22 **SAN SEBASTIAN** TEL. 26666

LA RAZON DEL MONTAÑISMO

CON HUMOR, LA MONTAÑA ES MUCHO MEJOR

POR MARTILLETE

Hemos observado que cada vez que un grupo de sudorosos montañeros se cruza con otro de personas sensatas (personas sensatas son las que llaman insensatas a las que no comparten sus propias opiniones), hemos observado, decíamos, que la contemplación de los sufridos portadores de mochila actúa como un poderoso estimulante intelectual y provoca indefectiblemente una serie de ingeniosos comentarios.

—Fíjate, ni el recadero a la víspera de Navidad —exclaman los ciudadanos más graciosos.

—Yo no lo haría ni aunque me dieran dinero encima —aseguran los que tributan por la tarifa tercera de utilidades.

—La verdad, no sé qué gusto pueden encontrar en eso —concluyen unos terceros después de laboriosas reflexiones.

Debemos de confesar, que en realidad nosotros tampoco lo acabamos de entender, pero como sólo hace poco más de quince años que empezamos a pasearnos por los montes con la mochila, no hemos perdido la esperanza de poderlo averiguar un día de éstos. Mientras tanto podemos ver lo que dicen unas cuantas personas refiriéndose todas a una misma montaña, y quizás comparando sus opiniones podamos deducir el motivo de que la hayan subido. Para ser imparciales, también hubiéramos querido exponer lo que las montañas piensan de los montañeros, pero resulta que están algo fosilizadas y no dan facilidades al periodista. Que se aguanten, pues, si lo que se dice no les gusta. Oigamos a los devotos de las alturas.

UN VETERANO.—Es un monte que merece ser mirado con detenimiento, y por eso me fastidia ir con esos críos que no saben lo qué es el montañismo y se empeñan en hacer carreras a pie. Conste que si yo quisiera correr, trabajo les daría para seguirme, porque me acuerdo de que una vez, cuando estaba en construcción el primer refugio de Goriz...

UN JOVENCITO.—Subimos en mucho menos tiempo del que marca la guía, y no tuvimos ni para empezar. También venían unos cuantos señores reumáticos, pero nos cansamos de arrastrarnos y terminamos la excursión dos horas antes. Lo más aburrido fue la media tarde que tuvimos que pasar en el pueblo aguardando al autobús.

EL MISTICO.—Allí, en aquella cima, uno siente cómo el espíritu se eleva a las regiones etéreas, libre del lastre de grosero materialismo que en la ciudad lo mantiene esclavizado. En mi interior lo noté perfectamente y es posible que aún lo hubiera percibido mejor de no haberme hecho un daño espantoso las botas nuevas.

UNA NIÑA FINITA.—Es una montaña preciosa. Yo llevaba un amorak azul eléctrico, que hace conjunto con la blusita blanca de nylon y el gorrito de perle con aromas azules. No entiendo cómo la «Pepis» puede llevar eso en color «marrongo». No le sienta nada bien y no es extraño que los chicos no le hagan ningún caso.

LA MUCHACHA «FIERA».—Apostamos a subir con un pino sobre el hombro y llegué antes que mis compañeros. Son unos buenos chicos y es una lástima que siempre acaben engatusándoles esas niñas cursis que no son capaces de andar media jornada con una mochila de veinte kilos.

«TONITO».—La montaña es sencillamente bestial y me gusta una burrada al montañismo, porque te pone como un toro. Si además vienen chavalas lo pasas bárbaro.

UN GEOLOGO.—Lo más interesante que tienes, es que la sedimentación del geosinclinal triásico, se combina con manifestaciones de la actividad orogénica herciniana y la epirogenia nos demuestra que durante el mesozoico...

EL POETA.—Aquella es tierra que, enamorada del cielo, se levantó de puntillas a besarla. Un viejo pastor, que ha presenciado sus ósculos, consciente de haber sorprendido el férvido homenaje que Dionisios rinde al divino Eros.

EL PASTOR ALUDIDO.—La montaña sólo tiene buenas hierbas hasta su mitad, y la cumbre sólo es un montón de piedras. Yo subí una vez cuando era joven, pero ahora sólo van esos tontainas de la mochila, que poco trabajo deben de tener que tanto les gusta cansarse por nada.

UN MUCHACHITO CON MUCHOS ESCUDOS E INSIGNIAS.—La orden de salida se dio a las 8,37 con dirección este-suroeste, a la velocidad media de 4,28 ki-

lómetros a la hora. El objetivo no fue cubierto con éxito completo porque tuvimos la desgracia de que al guía se le estropeará el silbato...

UN DIRECTIVO.—Es lamentable que la gente que visita aquella montaña esté falta de unas orientaciones más concretas. Uno diría que va allí sólo por pasar el rato. Es necesario imponer otros puntos de vista y si para conseguirlo hay que hacer algunos sacrificios personales, estoy dispuesto a seguir otros dos años en mi cargo.

EL ESCALADOR VETERANO.—Es un monte de vacas. Sólo tiene un poquito de pared por la cara norte. Ni siquiera merece la pena mirarlo.

EL ESCALADOR NOVATO.—La cara norte es por lo menos un sexto grado y como te descuides allí un poco «te la picas». Mi compañero ya hablaba de montar un rápel y tirar para abajo. Pero entonces yo pasé de primero y...

EL PATRIOTA.—Montañas como aquella, ¿dónde queréis que las haya sino aquí? Hasta las piedras son de un color más puro que las piedras forasteras. Los que han tenido la desdicha de nacer en otra parte, no entiendo cómo lo pueden resistir.

EL ANTIPATRIOTA.—Aquella montaña, ¿qué queréis que sea? Una desgracia, como todas las cosas de aquí. ¡En el extranjero sí que hay buenas montañas!

EL TRAGON.—Subiendo se hace salud, y se despierta un apetito que te comerías un buey. A propósito de esto, el otro día encontré una tasca que por diez duros...

Podríamos continuar así indefinidamente, pero como nos parece que la cosa está ya suficientemente clara, vamos a concluir exponiendo para colmo la opinión de alguien que es afín a muchas especialidades del montañismo.

UN AMANTE DE LA NATURALEZA.—El secreto atractivo que tiene la montaña a veces se nos revela por completo en un sólo instante. En aquella ocasión fue la caída de la tarde, cuando me disponía a reponerme de las fatigas del día. Una vez encendido el infiernillo de butano y mientras iba calentándose los cubitos de sopa, los guisantes en lata, la leche en polvo y el extracto de café, me di perfecta cuenta de que aquella era la auténtica vida natural y no la de la ciudad, con todos sus endiablados artificios.

EMILIO CELAYA

HIERROS - ACEROS - MAQUINARIA

Miracruz, 7

San Sebastián

Teléf. 17.435

Industrias

EREUN

FABRICACION DE ARTICULOS DE FERRETERIA

Troquelaje y estampación de toda clase de piezas en hierro y metales, bajo modelo o dibujo. - Cerrajería fina. - Cerraduras para puertas y muebles - Bombillos para manilla de auto. - Candados. - Etc., etc.

Teléfono 60 11 20

DEVA

(Guipúzcoa)

"FOTO ARENAS"

General Concha, 1 Tel. 18390

BILBAO

ARTICULOS Y MATERIAL
PARA FOTO Y CINE

LABORATORIO FOTOGRAFICO

FOTOCOPIAS

arístegui hermanos



auxiliar de la construcción e industria

moraza, 4 y prim, 30

teléfonos:

22230 - 19446

San Sebastián

BANCO DE TOLOSA

FUNDADO EN 1911

TOLOSA



Capital. 6.750.000 Ptas.

Capital desembolsado. . . 6.030.000 »

Reservas. 23.500.000 »

SUCURSAL:

VILLAFRANCA DE ORIA

REALIZA TODA CLASE DE OPERACIONES DE BANCA Y BOLSA

(Aprobado por el Banco de España con el n.º 5.011)

Papelera de Amaro

(FUNDADA EN 1868)

Aixtia Arsuaga y Cia. S. R. C.

DIRC. TELG : AMAROS-TOLOSA
TELÉFONO 651 000

TOLOSA

Para artículos de deportes

ESQUI

ALPINISMO

CAMPING Y PLAYA

SPORTELI

P. Gorosabel, 36
TOLOSA

DEPORTES ELIZONDO

Avda. de España, 4 - Teléf. 14210

SAN SEBASTIAN

CAZA Y PESCA

PRENDAS DE SPORT

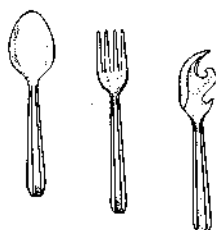
Visítenos, expónganos sus problemas y... ¡no se arrepentirá!

JUEGO CUBIERTO

MULTICAMP

- MÍNIMO ESPACIO
- MÍNIMO PESO
- MÁXIMA UTILIDAD
- NO SE OXIDA
- DURACIÓN ILIMITADA

3 PIEZAS



6 USOS

Cuchara
Tenedor
Pinzonador de Latas
Abrelatas
Cuchillo
Descapsulador de Botellas

1 JUEGO



Se presenta
en cartera
de plástico

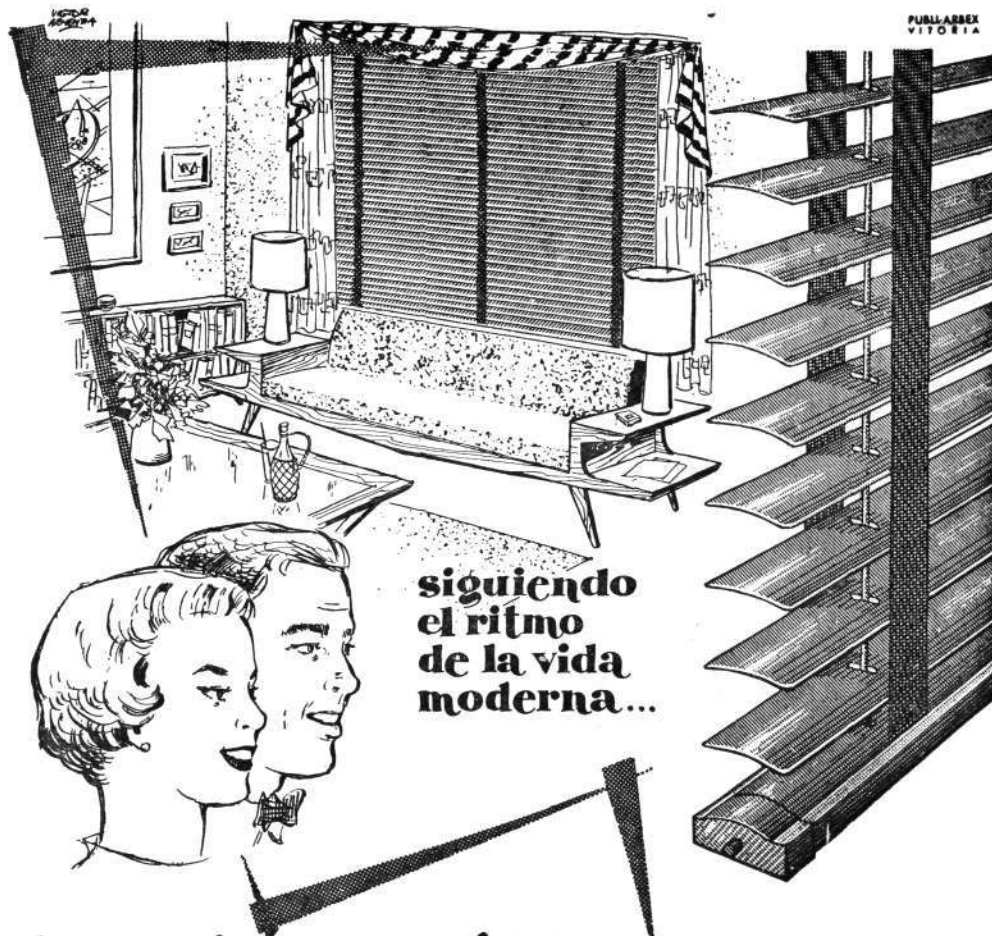
Fácil y cómodo
ensamblado

El cubierto más práctico para:

- CAMPO
- PLAYA
- MONTE
- EXCURSIONES

Fabricado totalmente con acero INOXIDABLE garantizado.

PÍDALO EN FERRETERÍAS Y SIMILARES Y EN ESTABLECIMIENTOS DE ARTÍCULOS PARA DEPORTE



siguiendo
el ritmo
de la vida
moderna...

las persianas venecianas
enteramente
metálicas

LEVOLOR

MARCA REGISTRADA

alegran y decoran su hogar

fabricadas por

HOME FITTINGS ESPAÑA S.A.
"HOFESA" División Española de Home Fittings International, Inc.

Barrio del Prado, 33 (AREITIO, S.A.) **VITORIA** **Teléfonos 2903-2904**

agua de **INSALUS**

LA BEBIDA DE LOS DEPORTISTAS
INSUSTITUIBLE Y PREFERIDA EN VIAJES,
EXCURSIONES, CAMPING, ETC.

